



Universidad
Zaragoza

TRABAJO FIN DE MÁSTER

COMERCIO DE BACALAO Y POLÍTICA PESQUERA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII

AUTOR

JESÚS FRANCISCO FLORES GALVEZ

DIRECTORES

JESÚS ASTIGARRAGA GOENAGA,
JAVIER USOZ OTAL

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

MÁSTER EN INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS AVANZADOS EN HISTORIA

2020

Resumen: La Edad Moderna es el marco temporal en el que se incorporan a la dieta europea muchos productos alimenticios. El bacalao es una especie de pez que, aunque se puede encontrar en aguas tanto del océano Pacífico como del Atlántico, es en este último donde se ubica la explotación objeto de este trabajo. El *Gadus Morhua* es típico del Atlántico Norte, pero no es la única especie de bacalao en estas aguas. La dieta española había incluido varias especies de peces, pero en el siglo XVIII el bacalao era el rey. Este consumo está detrás de una industria que tiene como protagonistas a los pescadores y comerciantes ingleses, aprovechando las características que España ofrecía como productora de vino y otros productos agrícolas muy apreciados en la isla, además de moneda de plata también apreciada como forma de pago. La relación comercial debida al bacalao entre estas naciones era dinámica incluso cuando se encontraron en guerra. La balanza comercial con Inglaterra era percibida como negativa en los círculos ilustrados y el candidato señalado como culpable de esta situación fue el Bacalao seco salado. Esta dependencia incentivó la creación de algunas compañías de pesca respaldadas por el estado.

Abstract: The Modern Age was a time which saw the introduction of many food products into the European diet. Although cod is a species of fish which is found in both the Pacific ocean and the Atlantic ocean, it is the latter in which this study is based. The *Gadus Morhua* species which is found predominantly in the Northern Atlantic is not the only species of cod in these waters. The Spanish diet has long since included a variety of species of fish however in the 18th century cod featured the most. This demand for salt cod provided a booming industry where the main operators were English fishermen and fish merchants who exchanged their produce for Spanish food staples which were prized back in England even though silver was largely accepted as payment. The commercial link through cod between the two nations was significant even during times of war. The imbalance of payment with England for salt cod was regarded by the Spanish as unfair and this dependency was widely criticised by the great enlightenment thinkers.

Contenido

1	INTRODUCCIÓN	5
1.1	Justificación:	7
1.2	Estado de la cuestión:	8
1.3	Objetivos y metodología aplicada:	13
2	CÓMO FUNCIONA EL COMERCIO DE BACALAO.....	14
3	EL COMERCIO DE BACALAO ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA.	20
4	POLÍTICAS PÚBLICAS PARA EL FOMENTO DE LA PESCA EN ESPAÑA	28
5	LA VISIÓN DE LOS ILUSTRADOS SOBRE LA PESCA.....	41
	CONCLUSIÓN.....	51
6	BIBLIOGRAFÍA	54

1 INTRODUCCIÓN

En los últimos meses la sociedad europea ha estado expuesta a informaciones sobre las consecuencias que la salida del Reino Unido de la Unión Europea tendría para las naciones con industria pesquera, debido a que posiblemente se vea obligada a dejar de faenar en aguas comprendidas dentro de las 200 millas de la costa británica. Por otro lado, a los consumidores británicos les preocupa el tema de las frutas y verduras que obtienen del comercio con España y Holanda, o si a partir del año próximo verán más bacalao en lugar de abadejo en sus *fish and chips*, sin tener en cuenta lo que su gobierno tendrá que comprometer en términos económicos para conseguirlo. De modo semejante, las expectativas de los pescadores franceses de la vertiente atlántica, de cara a conservar el derecho a pescar en aguas británicas, han sido abrazadas por el gobierno de París como una lucha patriótica que conllevará más sacrificios que beneficios.

Por otra parte, la pandemia que estamos padeciendo ha puesto en evidencia el desabastecimiento de equipos y bienes de primera necesidad, y se recrimina a las grandes industrias nacionales de capital privado su partida décadas atrás a países que ofrecen fabricar esos productos a menores costes.

Si hemos recurrido al presente, a la hora de iniciar un trabajo que versa del pasado, se debe a las semejanzas que cabe apreciar entre la actualidad y lo que sucedió en Europa siglos atrás. España y Portugal son ejemplos del abandono de sus industrias pesqueras punteras en el siglo XVI, para pasar a ser importadores de pescado seco salado durante los siguientes tres siglos, francés, durante el siglo XVII, e inglés, principalmente, en los siglos XVIII y XIX. El bacalao de Norteamérica se consumió en grandes cantidades en España durante toda la modernidad, por lo que se ha llegado a considerar que la industria pesquera de bacalao en Inglaterra, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, es resultado directo de esa demanda ibérica (Janzen, 1996; Kurlansky, 1997).

Fueron muchos siglos de negligencia por parte de la Monarquía española con respecto a las pesquerías de altura. Hasta la segunda década del siglo XX los barcos no volverían a faenar en los caladeros de Norteamérica, si bien aportando cantidades limitadas de bacalao al mercado español (Espido Bello y Giráldez Rivero, 2015). Nunca dejó de estar presente en la memoria colectiva el glorioso pasado en el que los barcos pesqueros partían

de los puertos de la cortina cantábrica en dirección al norte y regresaban con bacalao o ballena. Un pasado cuya lejanía en el tiempo hizo que, cuando los proyectistas ilustrados elaboran sus planes para poner en marcha la pesca de altura, una de sus preocupaciones era conseguir pescadores expertos en la cura del bacalao y en el procesado de la grasa de ballena, pues esas artes se habían perdido en la península.

La explotación de una especie en un área concreta en la costa este de América del Norte, llevada a cabo por un grupo de pescadores y comerciantes del sur de Inglaterra, para satisfacer la demanda del mercado español, año tras año, durante varios siglos a cambio de vino, definió las relaciones comerciales entre esos dos reinos, e incluso dio nombre al tipo de navío que desde el país productor de vino emprendía el viaje cada verano a las aguas de Terranova para comprar el bacalao seco salado y pagarlo con “vino de saca”. La relación entre el vino y el bacalao se observa también en el nombre dado a un tipo de procesado o cura de bacalao conocido como el *Madeira Cure* al ser objeto de intercambio por vino de Madeira, originalmente. Para Peter Pope, este comercio multilateral tiene su lectura en el análisis económico de la “corriente de bienes”, la fluidez con la que se acuerdan las transacciones entre un producto y otro de acuerdo con la demanda interna en cada región europea en la que un producto del que se carece. (Pope, 2004, p.91).

En el siglo XVIII los pensadores Ilustrados, por un lado, y las autoridades, por el otro, así como frecuentemente, al alimón, consideraron que había que hacer algo con respecto a la importación de pescado salado que se había convertido en un problema para la balanza comercial con Inglaterra, reino que controlaba el comercio de bacalao. Para Martínez Shaw y otros autores, una razón fundamental era de tipo militar, ya que, al no contar con una industria pesquera propiamente de altura, el Estado no tenía manera de entrenar a la marinería necesaria para la marina de guerra y la marina mercante.

En definitiva, conforme a la problemática sugerida anteriormente, en el presente trabajo se pretende ofrecer una visión acerca de la importancia comercial del bacalao, su consumo y la valoración dada por los países consumidores del sur de Europa, contando con las investigaciones y la documentación a las que hemos podido acceder, dadas las limitaciones impuestas por la actual pandemia, en términos de confinamientos domiciliarios y geográficos, así como de restricciones severas en el contacto con otros investigadores y con los tutores de este trabajo, dificultades a las que se ha sumado mi residencia habitual en una localidad inglesa.

1.1 Justificación:

La situación política, económica y de sobreexplotación de los recursos naturales en Europa y el mundo es alarmante y no se ve una mejoría en el corto o mediano plazo así que es fundamental que los científicos sociales realicen análisis de las experiencias previas y las acciones y actitudes del pasado de cómo las naciones se comportaron provocando crisis, pero también de cómo se enfrentaron a ellas y fueron superados los problemas.

El aumento del consumo de ciertas especies por parte de la sociedad europea dio lugar a una mayor rivalidad entre las naciones, que durante el siglo XVIII se enfrentaron bélica y diplomáticamente, e incentivó una mayor explotación, al aplicarse las mejoras tecnológicas del momento. La tecnología de pesca no había sufrido cambio importante en un milenio, sin embargo, durante el mencionado periodo se introdujeron innovaciones que, a la postre, provocarían la sobreexplotación del bacalao del Atlántico Norte.

La relación entre dos vienes en concreto ilustra bastante bien la situación. Por un lado, el *Gadus Morhua*, o bacalao del Atlántico Norte. Por el otro, el vino Ibérico. Como hipótesis de trabajo, se expone la doble necesidad de intercambio tanto para los ingleses, grandes consumidores de vino, como para los españoles, en cuya dieta el bacalao era fundamental. Mientras que para los ingleses el vino era un producto suntuario, para los españoles del siglo XVIII el bacalao era un alimento básico y, por lo tanto, motivo de preocupación para el gobierno y los intelectuales que se dan a la tarea de buscar alternativas, analizar, identificar y proyectar la posible solución a esa dañina dependencia del bacalao extranjero.

El profesor Innis en su búsqueda de pistas para explicar la situación económica de Canadá en la posguerra, analiza diferentes productos de exportación y entre ellos figura el bacalao. Canadá en los años treinta del siglo XX era una nación exportadora de recursos naturales y demasiado dependiente de las importaciones de productos acabados de los Estados Unidos. La situación política con respecto a la economía canadiense era tensa, por lo que aquí encontramos una semejanza con la situación en España durante el siglo XVIII y el malestar de los economistas por las importaciones inglesas. En el prefacio a la edición de su estudio sobre el bacalao, Innis indica que la importancia de un alimento básico se refleja en la documentación que genera, así como que dicha importancia se puede ver exagerada o minimizada, según se sea importador o productor de dicho bien (Innis, 1954).

1.2 Estado de la cuestión:

La investigación en torno a la pesca y la comercialización del bacalao en las aguas de Norteamérica (Isla de Terranova, costa de Labrador, costa de Massachusetts, etc.) cuenta con grandes trabajos generales de posguerra durante los años veinte del siglo XX, hasta llegar a la obra clásica del historiador económico canadiense Harold Adams Innis, *The Cod Fisheries: The History of an International Economy*. Un trabajo que profundiza en varias temáticas, que incluyen tanto la explotación pesquera en las aguas norteamericanas por parte de pescadores europeos, como el transporte y la comercialización del producto ya procesado a las diferentes naciones europeas consumidoras. Esta amplia investigación toma en cuenta a todos los participantes europeos en las pesquerías, tanto en la pesca propiamente dicha, como en la comercialización del producto, fuera realizada por los mismos pescadores, fuera la que desempeñaron los comerciantes desde Terranova a Europa.

Otra obra sobre el bacalao realizada por Innis viene a complementar su trabajo sobre política económica en el Canadá y que le llevará a proponer una teoría sobre productos básicos o *Staple Theory* que le ayuda a explicar el desarrollo económico de naciones como Canadá con grandes extensiones de territorio con recursos naturales y por lo tanto divergente a las vías de desarrollo transitadas por los países europeos con territorios más pequeños y con menores recursos aún por explotar.

Los trabajos más representativos del tercer cuarto del siglo XX sobre las pesquerías europeas en las aguas del este de Canadá corresponden a dos historiadoras. Una es la inglesa Selma Barkham quien a partir de la década de los setenta se dedica a estudiar los archivos de las regiones vascas a uno y otro lado del Pirineo. Sus trabajos se han caracterizado por su ardua labor en los archivos de varios países europeos involucrados en las pesquerías del bacalao, su comercialización y consumo, particularmente en las aguas del Canadá, desde la exploración llevada a cabo por el italiano Juan Caboto. En ese cometido de desentrañar los archivos vascos se unirá décadas después a su madre el historiador Michael Barkham. Hasta la muerte de Selma en mayo 2020, madre e hijo realizarán investigaciones de prestigio.

La otra investigadora de referencia es la canadiense Rosemary Ommer¹, cuyo trabajo, de perfil económico, estudia las pesquerías canadienses y las relaciones comerciales con las

¹ *From outpost to outport: A Structural Analysis of the Jersey-Gaspé Cod Fishery, 1767-1886.*

islas del canal de la Mancha y sus conexiones con la región vascofrancesa en el siglo XVIII época de continuas guerras que propiciaron el contrabando de bacalao seco inglés hacia Francia y España.

Los trabajos de estos tres académicos representan la base sobre la que se asientan los escritos de una generación posterior de investigadores preocupados en enriquecer el conocimiento sobre el bacalao seco salado, modificando con sus contribuciones lo que hasta ese momento parecía evidente, como puede ser el caso del acceso a la sal y su relación directa con la producción de un pescado salado, pero blando, típico del gusto francés o de un bacalao salado y duro como la piedra, muy del gusto de los españoles, portugueses y sus islas del Atlántico, así como de los italianos. El caso de los vascos y portugueses y su presencia en Terranova anterior a Juan Caboto, para lo cual no hay evidencia histórica, aunque no se descarte la arqueológica en excavaciones contemporáneas que lleven hacia atrás en el tiempo la fecha de llegada tanto de vascos como de portugueses, con lo cual la presencia portuguesa se data para 1506 y para los vascos de 1527 (Sierra Nava, 1998).

Así tenemos que desde finales de los años setenta trabajos han sido elaborados con esa finalidad, pero es a partir de los noventa del siglo veinte que se constata un impulso a nivel europeo y americano por sacar a la luz ese pasado teniendo a las instituciones canadienses y estadounidenses al frente de la tarea, pero desde inicios del nuevo milenio la investigación por parte de instituciones europeas se ha visto multiplicada. Para el caso peninsular son los portugueses, vascos y gallegos los que más interés han mostrado por el tema, sin olvidar por supuesto a valencianos, catalanes y andaluces.

El conocimiento sobre las pesquerías, el comercio y el consumo de bacalao en la España moderna ha sido abordado por un gran número de investigaciones con respaldo de instituciones especialmente las ubicadas en la cortina cantábrica y algunas en la vertiente mediterránea las cuales han convocado congresos nacionales e internacionales, a fin de promover los estudios marítimos y de poner a las personas que se dedican a estos temas en contacto directo.

Para el caso de la demanda y el transporte en la España moderna los artículos de Regina Grafe² resultan esenciales. Analiza la autora la situación del mercado en España

² “Popish Habits vs. Nutritional Need: Fasting and Fish Consumption in Iberia in the Early Modern Period”, “Polycentric States: The Spanish Reigns and the Failures of Mercantilism”, y especialmente su obra *Distant Tyranny: Markets, Power and Backwardness in Spain, 1650-1800*.

durante los siglos XVI y XVII, así como el sistema fiscal en busca de datos que expliquen el particular sistema operado por la monarquía que ha supuesto para muchos investigadores un sistema fallido pero que para Grafe no lo es tanto, ella defiende la operatividad de este sistema a pesar de sus deficiencias.

Los escritos y obras de personajes ilustrados como son Antonio Sáñez Reguard, Jerónimo de Uztáriz, Pedro Rodríguez de Campomanes, Bernardo de Ulloa, por mencionar algunos, evidencian la importancia que tenía el consumo de pescado extranjero en la España del siglo XVIII. Preocupaba la dependencia exterior de un alimento que se había convertido en básico en la dieta española, pero que además aportaba proteína, era económico y fácil de preservar por largos periodos de tiempo.

Luego, tenemos escritos de carácter histórico elaborados mediante la consulta de archivos conservados en los principales puertos españoles de llegada del bacalao seco salado. Así, la obra sobre comercio del historiador Román Basurto Larrañaga, *Comercio y burguesía mercantil de Bilbao en la segunda mitad del siglo XVIII*, publicada en 1983, da cuenta de este hecho. Otras publicaciones que vienen a complementar los hallazgos del profesor Basurto son los ensayos de Santiago Piquero y Ernesto López³, enfocados en el siglo XVIII. Por último, también para el siglo XVIII, Aingeru Zabala Uriarte⁴ escribe sobre la interacción entre los proveedores de bacalao salado de Terranova y los comerciantes de Bilbao.

La historiadora Caroline Ménard en su tesis de doctorado titulada “La pesca gallega en Terranova, ss. XVI-XVIII”, nos acerca a la experiencia de la pesca del bacalao en las aguas alrededor de esa isla cuando los españoles dominaban el sector en su totalidad durante la mayor parte del siglo XVI, pasando por la época de conflictos directos con los franceses por una porción de las mejores zonas de pesca en América, así como por la guerra de precios en la península ibérica, hasta llegar al siglo XVIII, durante el cual los viajes a Terranova para pescar son meramente testimoniales desde la primera década del siglo citado para ser prácticamente inexistente a partir de la firma del tratado de Utrecht.

En todo caso, en este punto hay que decir que, aunque no hay barcos de esta nacionalidad pescando, sí había pescadores vascos en barcos franceses. Cuando se habla de la ausencia tanto de pescadores y embarcaciones pesqueras españolas en las aguas de

³ “New Evidence for the Price of Cod in Spain: The Basque Country, 1560-1900”, “The Spanish Basque Country in Global Trade Networks in the Eighteenth Century”, y, “No sólo pescado y harina a cambio de oro. Vascos en el comercio con los Estados Unidos durante el siglo XVIII”,

⁴ *Mundo urbano y actividad mercantil Bilbao 1700-1810*.

Terranova durante el siglo XVIII, es preciso abordar las relaciones entre vascos a uno y otro lado de la frontera, los llamados “vascos peninsulares” y los “vascos franceses”, porque esta población transfronteriza mantenía relaciones laborales, comerciales y de inversión, investigadas por los Barkham⁵. La ausencia de vascos peninsulares en la pesca de bacalao no quiere decir la ausencia de vascos en las aguas de Norteamérica incluso durante los siglos XVII y XVIII, y como bien lo explican Castro⁶, y Julián de Zulueta⁷, ya que los balleneros vascos se dirigían anualmente a las costas del actual Canadá y Groenlandia para cazar ballenas.

Las investigaciones producidas en España sobre la pesca tanto en las costas nacionales como en las aguas africanas y americanas han sido realizadas principalmente por Carlos Martínez Shaw, quien ha dedicado varios escritos a la época moderna, con carácter general, y al siglo XVIII, en particular, aportando valiosos análisis del comercio marítimo europeo, las pesquerías gallegas, valencianas, andaluzas y, sobre todo, catalanas, por la complejidad de las actividades realizadas, no solo en la pesca en sí, sino también en la inversión y la innovación en las que se vieron involucrados los catalanes, a nivel peninsular.

Otro estudioso de la pesca en España en la época moderna es Roberto Fernández Díaz, quien, en colaboración con el profesor Martínez Shaw, ha trabajado ampliamente en la pesca en España en la segunda mitad del siglo XVIII, trazando el panorama general de la situación en que se encontraba el sector pesquero en cuanto a número de embarcaciones, número de individuos disponibles y las zonas con mayor actividad pesquera, dedicadas a una o varias especies y a su procesado. Temas y temporalidad similares son tratados por un ensayo reciente obra del profesor Ernesto López Loza⁸, con la novedad de que toca el tema de la participación del estado.

Especialmente útiles son también los trabajos del profesor Juan Manuel Santana Pérez⁹, quien ha investigado las pesquerías canarias y la actividad pesquera en el banco sahariano, relacionando la Ilustración en la península con los ilustrados canarios como Viera y Clavijo, las sociedades económicas canarias y sus mutuas preocupaciones por el tema de las importaciones de pescado salado inglés. El mercado canario era de importancia

⁵ “The Arriolas of Urazandi: Maritime Enterprise in Vizcaya and Guipúzcoa (c. 1540-c. 1630)”.

⁶ “The Basque Seal Trade with Labrador in the Seventeenth Century”.

⁷ “The Basque Whalers: The Source of Their Success”.

⁸ “El Estado, la Marina y el sector pesquero en España durante los siglos XVIII y XIX”.

⁹ *Ilustración canaria y pesca en el litoral* y “La Matrícula de Mar y el banco sahariano”.

primordial para los comerciantes ingleses ya que a cambio de bacalao salado obtenían vino del archipiélago.

La literatura disponible para conocer la visión de los economistas e intelectuales ilustrados sobre la pesca, así como de las políticas públicas llevadas a cabo en el siglo XVIII con respecto a la pesca, es obra fundamentalmente de Carlos Martínez Shaw¹⁰. Autor prolífico que para el tema tratado aquí resulta de referencia como modernista, conocedor de los teóricos de la Ilustración española y la historia marítima europea.

En cuanto a la bibliografía utilizada en este trabajo para conocer los aspectos jurídicos y económicos contamos con los trabajos de Carlos Antonio Garriga Acosta¹¹; la obra de Ana María Rivera Medina¹², sobre el marco jurídico para legislar todas las actividades sociales.

Saliendo del ámbito Ibérico son los británicos, franceses, holandeses y escandinavos los que más trabajos publican sobre el bacalao y las pesquerías en Europa, frecuentemente en inglés y en francés.¹³ Algunas revistas científicas electrónicas de temática marítima de los ámbitos francófonos o anglófonos permiten la publicación de artículos en castellano o portugués. Al parecer el que un tema como el de la pesca de bacalao y su comercio haya sido una empresa multinacional y que la documentación generada se encuentre en diferentes lenguas posibilita esta convergencia.

La presencia más antigua de pescadores de la premodernidad en aguas americanas está disputada por portugueses, vascos, franceses e ingleses. Los portugueses aseguran tener una tradición de haber pescado desde antes de 1492, mientras los vascos la establecen para antes de 1497. Ninguna de estas reclamaciones se sustenta en base a documentación histórica, aunque no falten trabajos que de manera explícita así lo señalen como Studnicki-Gizbert para el caso portugués y Kurlansky para el vasco. Según Kurlansky los pescadores vascos conocieron y explotaron los bancos de bacalao de Terranova, pero no lo dieron a conocer y mucho menos pretendieron reclamar el territorio, para cuando las otras naciones

¹⁰ “La pesca en los economistas españoles del siglo XVIII”, “La renovación de la pesca española en el siglo XVIII”, “Las reflexiones de Campomanes sobre la pesca en América”, y, “La pesca en la Cataluña del siglo XVIII”.

¹¹ “La Ilustración jurídica”.

¹² “Marco jurídico y actividad pesquera en Vizcaya (siglos XV al XVIII)”.

¹³ Es necesario hacer notar que la lengua en que se escriben las investigaciones sobre pesca es mayoritariamente el inglés, pero también encontraremos muchas en francés. El que la isla de Terranova se encuentre en la costa este de Canadá cerca de la zona franco parlante posibilita que muchos investigadores publiquen en ambas lenguas sus investigaciones.

iniciaron la explotación de los caladeros americanos los vascos a pesar de haber perdido su secreto ahora reemergerían entonces como proveedores dominantes (Kurlansky, 1997).

1.3 Objetivos y metodología aplicada:

El presente trabajo se enmarca en cuestiones tan diversas como las siguientes: la participación de la Monarquía española en la búsqueda de una solución a la importación de pescado seco inglés; las políticas llevadas a cabo para paliar la dependencia extranjera de pescado seco salado; la opinión de los Intelectuales ilustrados sobre el consumo de bacalao seco salado en la sociedad española; las posibles consecuencias socioeconómicas de la importación de bacalao a cambio de vino y otros productos agrícolas españoles; e incluso, el posible papel de los preceptos religiosos en la demanda de bacalao seco salado.

Todo ello, teniendo presente que las sociedades a las que pertenecían los individuos involucrados en la pesca, comercialización y consumo del bacalao seco salado de Terranova pertenecían a un sistema cultural más grande que englobaba gustos, creencias y aptitudes similares, pero que diferían también en algunos puntos. El bacalao seco salado en el siglo XVIII era poco consumido entre la sociedad inglesa, mientras que en España era una de las principales fuentes de proteína animal disponible.

Por otra parte, Terranova comienza a ser habitada de manera permanente en el siglo XVIII y necesita abastecerse de todo desde el exterior, porque dicha isla no produce nada. La evidencia arqueológica es clara en cuanto al consumo de vino español, debido a las grandes cantidades de tuestos de garrafas localizadas, evidencia material que ha dado forma a escritos históricos que, junto con la literatura secundaria abundante para este tema en particular, representan el material a estudiar para conocer y analizar esta problemática histórica. (Pope, 2004).

A estas preguntas se intentará responder mediante la revisión de la literatura sobre el tema que en los últimos años ha ganado relevancia entre los investigadores tanto europeos como americanos y se han planteado explicaciones ambiciosas, gracias también a los resultados obtenidos por ciencias como la arqueología, la arqueología subacuática, la arqueología histórica, la biología, la economía y por supuesto el trabajo en archivos europeos. Una obra que refleja esta interdisciplinariedad de manera fructífera es *Fish into Wine* del antropólogo e historiador Peter E. Pope quien ha dirigido excavaciones

arqueológicas en Terranova en las cuales se ha podido registrar evidencia de asentamientos europeos (Pope, 2004).

2 CÓMO FUNCIONA EL COMERCIO DE BACALAO

David J. Starkey en su artículo *Development of fishing fleet in the North Atlantic*, describe la importancia del comercio como un paso realizado en la historia y que encapsula los tres principales factores que interactúan para dar forma al desarrollo de las flotas pesqueras en el Atlántico Norte. Primero, la demanda; segundo, la habilidad humana para procesar y comercializar el producto; tercero, las especies mismas disponibles y aprovechables que se reducen a dos tipos en el Mar del Norte, las pelágicas como el arenque, y las demersales a la que pertenece el bacalao. Precisamente es el Atlántico Norte donde se desarrollan las pesquerías que vinculan a España como consumidora principal del bacalao (*Gadus Morhua*) y a las islas británicas y sus posesiones en América del norte pescando, procesando y comercializando el bacalao seco salado (Starkey, 2017).

Hay que destacar la importancia de la técnica del procesado de las capturas que hace a un producto especial e irremplazable. Fagan nos habla del *proccesing standards* para el caso del arenque procesado en el Mar Báltico por los suecos y daneses, con el tiempo esta manera de curar el pescado se introduce en otras áreas como Inglaterra en el Mar del Norte y el proceso se generaliza, dando lugar a una transferencia de conocimiento para una mejor preservación (Fagan, 2017). En el caso de la cura del bacalao pasa lo mismo. Para mediados de la época moderna había varias maneras de curar el bacalao, pero una en especial era la que proporcionaba los mejores precios en los mercados del sur de Europa y a esa manera de curar se aplican los pescadores de Escocia, Inglaterra, Noruega e Islandia con lo que el proceso se generaliza y lleva a una especialización (Goodland, 2017).

Fueron los comerciantes de Bristol en el sur de Inglaterra quienes desarrollan el comercio inglés de bacalao (*Gadus Morhua*) salado del Mar del Norte, también fueron ellos los inversores detrás de la expedición de Juan Caboto, descubridor de la isla de Terranova a finales del siglo XV, y serán ellos los que participen en la pesca y comercio del bacalao seco salado tanto para abastecer al mercado inglés -especialmente la demanda de la flota de guerra- como la del más importante mercado del sur de Europa.

Siguiendo a Engerman, el objetivo de las naciones europeas venía siendo desde 1500 el de limitar las importaciones de países extranjeros, impulsar la producción doméstica e incrementar las exportaciones hacia otros países. Este mercantilismo es una máquina bien engrasada para inicios del siglo XVIII y lo que se consigue es “incentivar el propio crecimiento económico mientras se reduce el de los demás” (Engerman, 2017, p. 468).

En el siglo XVIII el comercio de bacalao seco salado estaba bien establecido tanto en Europa como en América, siendo los países católicos del sur de Europa y sus islas atlánticas - Islas Canarias y las Azores-, así como en las islas esclavistas del Caribe, los principales mercados abastecidos por los británicos, quienes en este momento están desplazando a los franceses de estos mercados de consumo de pescado en general y de bacalao en particular.

Tradicionalmente habían sido los franceses, durante los dos siglos precedentes, quienes habían concentrado la mayor flota pesquera en las aguas de Terranova y dominaban el mercado del bacalao en las naciones mediterráneas, incluyendo a la propia Francia gran consumidora, tanto de la cura ‘seca’ como de la ‘húmeda’. Pero el apetito de las naciones ibéricas por el bacalao seco salado dejaba espacio de mercado para otras naciones proveedoras, como Inglaterra su más cercana competidora, los Países Bajos, en calidad de intermediarios aprovechando su flota mercante y transportando bacalao a las islas Azores y las Canarias, y también Escocia, que se aventura entonces en la pesca en Terranova. Finalmente, cuando el siglo de las luces está terminando, también se consume en España pescado de Noruega y los Estados Unidos.

En 1713, como consecuencia de la guerra de sucesión española, los ingleses consiguieron las condiciones favorables para hacerse con el dominio del mercado del consumo de bacalao en España y Portugal, desplazando definitivamente a Francia. El bacalao seco salado del gusto del consumidor español aparece en las fuentes con dos procedencias, ambos en la costa este de Norteamérica, cuales son Terranova y Nueva Inglaterra. La primera domina el mercado peninsular, a excepción de la costa cantábrica donde es preferido el de Nueva Inglaterra durante casi todo el siglo XVIII, bacalao que tiene mayor cuota de mercado en las plantaciones esclavistas productoras de azúcar en el Caribe.

Los comerciantes de Massachusetts, donde se encuentran los puertos pesqueros de Salem, Boston o Plymouth, desde mediados del siglo XVII ya comerciaban sus productos agrícolas y manufacturas con los escasos habitantes semipermanentes de Terranova a cambio de bacalao ya curado y listo para ser enviado a los mercados, principalmente, en el caribe. En 1700 estos colonos dominaban el comercio en el interior de las colonias,

acaparando grandes cantidades de bacalao procesado que luego era enviado a España en naves de Nueva Inglaterra.

La idea de que para el norte de España fueron los comerciantes de Nueva Inglaterra los principales proveedores de bacalao seco salado durante el siglo XVIII parte de un estudio llevado a cabo por los historiadores Angulo Morales y Aragón Ruano, que tiene como objetivo sacar a la luz los otros productos que, junto con el pescado y la harina, constituían las exportaciones norteamericanas a Bilbao, de modo que, por lo tanto, el intercambio entre Nueva Inglaterra y Bilbao fue especial, variado y duradero en el tiempo (Angulo Morales y Aragón Ruano, 2018).

Janzen nos habla del importante papel jugado por la demanda del mercado como estímulo para la pesca, el procesamiento y el comercio del bacalao a cargo de los vascos y otras nacionalidades en las aguas del Atlántico Norte a partir del siglo XVI. Este autor reitera el consumo de pescado salado al que se habían habituado los peninsulares y cuya demanda ya no podía ser satisfecha por los vascos a partir de 1590. Podríamos decir que la demanda es aquí el principal incentivo para que tanto franceses como ingleses se interesen por explotar los caladeros de la costa noreste de América, procesar el bacalao y transportarlo a Europa (Janzen, 2013).

Para Janzen, por lo tanto, la demanda es factor de suma importancia en la explotación del bacalao de Norteamérica. Los vascos peninsulares y los bretones aprovechan la demanda en sus respectivos mercados y luego otras naciones se unen a ellos en la carrera por satisfacer esta demanda que trae consigo unas ganancias importantes, que justifican los riesgos a que se enfrentan constantemente los pescadores y empresarios que están detrás de esta industria (Janzen, 2013, p.125).

En otro trabajo,¹⁴ Janzen hace una estimación del porcentaje de bacalao que los franceses lograron introducir en el mercado español en 1730 y considera que es una décima parte del total introducido por los ingleses para el mismo año (Janzen, 1996). Se hace evidente que, a pocos años del final de la guerra de sucesión española, el mercado español demandaba grandes cantidades de bacalao inglés, que había desplazado al francés, pero este aún tenía cuota de mercado sobre todo en el norte de España.

España e Inglaterra se encontraban en guerra en 1739, de modo que el comercio entre ambas naciones se suspendió, pero el bacalao siguió llegando a Bilbao en barcos

¹⁴ "The Illicit Trade in English Cod".

franceses (bretones), si bien el producto que los bretones comercian es en realidad bacalao pescado por embarcaciones inglesas en aguas de Terranova, transportado a los puertos del sur de Inglaterra o a la isla de Jersey en el Canal de la Mancha y adquirido por comerciantes franceses, que lo hacen pasar como capturas galas para introducirlas en el mercado español (Janzen, 1996).

Al principio, los barcos tenían que llegar a puertos del sur de Inglaterra, para luego reexportar el bacalao, pero más adelante se transportaba desde las áreas de pesca directamente hasta las zonas de consumo en la península ibérica, siendo España el mayor comprador del bacalao salado que se producía en el atlántico Norte en el siglo XVIII. Llegado a los puertos españoles, el bacalao era descargado y pagado en moneda o intercambiado por productos locales como vino, aceite de oliva, frutos secos o naranjas, o en una combinación de ambos, en metálico y en especie o bien mediante *Bill of Exchange*, cuando este sistema financiero adquiere importancia en los mercados.

Inglaterra tenía en los pescadores de la región del sur conocida como el *West Country* el material humano, al tiempo que los comerciantes y navieros, sus mejores inversores de capital para la industria pesquera, eran los encargados de comercializar el producto con los puertos de la península ibérica y las islas atlánticas.

En términos de la mentalidad y de la moral de la época, la redefinición de la idea de la ganancia hizo que esta ya no fuera vista como un pecado, sino como la contribución a la riqueza nacional, entendida como la riqueza privada. Si los individuos se enriquecían con sus actividades, la nación en su conjunto también lo hacía, concepción que a mediados del siglo XVII se observaba claramente en las políticas económicas de Cromwell en Irlanda y según la cual el mercado viene a ser un vehículo de civilización. (Collingham, 2018).

En el siglo XVIII, el pescado salado importado por las naciones del sur de Europa proviene principalmente para el siglo XVIII de dos áreas geográficas de captura: la tradicional y más antigua, que comprende los caladeros de Islandia y la zona del mar del norte comprendida entre Noruega y las Islas Británicas; la segunda y más nueva área de pesca constituida por la costa de Labrador y la isla de Terranova en Canadá, y los caladeros frente a las costas de Nueva Inglaterra (Massachusetts explota el “cabo del bacalao” frente a sus costas) en los actuales Estados Unidos.

Lydon ha estudiado la pesca de bacalao en la costa de Nueva Inglaterra y su exportación hacia el mercado ibérico. Nos dice que las capturas de bacalao en Nueva Inglaterra son hechas por los colonos, a diferencia de las capturas en Terranova, que son

realizadas por pescadores venidos anualmente del sur de Inglaterra, lo que se conoce como “pesca migratoria”. Ambas pesquerías, tanto la llevada a cabo por colonos de Nueva Inglaterra como la emprendida por pescadores ingleses en Terranova entran en competencia por el mercado español en el siglo XVIII (Lydon, 1981).

El bacalao salado es un producto bien valorado entre los consumidores españoles del siglo XVIII, debido a que es una fuente de proteína barata que se conserva muy bien durante meses y consumido durante los días de abstinencia religiosa principalmente. Los expertos coinciden en que el bajo peso del bacalao seco salado que los ingleses y colonos norteamericanos producían fue una razón fundamental para su preferencia en la península ibérica en el siglo XVIII, precio que se incrementaba o disminuía de acuerdo con situaciones puntuales como las guerras entre países europeos. Durante este siglo hubo varias y especialmente perjudicial para el comercio del bacalao fue la revolución francesa y las guerras napoleónicas de principios del siglo XIX, que, por un lado, favorecieron a los países productores, al aumentar los precios y la demanda, pero, por otro, fue perjudicial para los países consumidores, como España.

Según refiere Pope en su obra *Fish into Wine*, el planteamiento principal es la fluidez de los bienes intercambiados, acorde con un comercio triangular en que las naciones mediterráneas importaban pescado salado y, a cambio, esas naciones exportaban vino y frutos secos, poniendo los ingleses la mano de obra y el capital para las pesquerías de Terranova. De modo que, para estos últimos, los bancos de pesca de bacalao de Terranova significaban una balanza de pagos saneada, tal y como lo corrobora un autor contemporáneo que escribe hacia 1580, llamado Robert Hitchcock (en Pope, 2004, p. 91).

El sistema de pesca que concebía barcos y tripulación partiendo de los puertos del sur de Inglaterra, pescando en los caladeros de Terranova, regresando a Inglaterra con la pesca para ser reexportada al sur de Europa, pasa en el siglo XVII a ser un sistema que consigue capturas en Terranova y las lleva a los puertos del sur de Europa directamente y, a su vez, importa vino, vinagre y frutos que lleva a Inglaterra (Pope, 2004).

Tenemos así una simbiosis entre un área que financia y organiza la pesca, otra donde se encuentran los caladeros explotados por los primeros, y finalmente a los comerciantes locales en la península ibérica que a su vez pagan un producto alimenticio con otros productos agrícolas y con moneda muy necesaria en Inglaterra y el resto de Europa. Se trataba, por lo tanto, de un intercambio de bacalao por vino, siendo el primero un bien que

en el siglo XVIII ya era considerado de primera necesidad en España, mientras que el segundo era un producto de lujo en las islas británicas.

El flujo comercial del que se acaba de dar cuenta se enmarca en el más amplio paisaje del comercio de la Edad Moderna europea, que se ve proyectada hacia el océano con los viajes de exploración y colonización de territorios hacia occidente, aumentando los navíos y la tripulación. El comercio marítimo necesita de protección oficial y para ello se construyen barcos de guerra con tripulación numerosa, que necesitan grandes cantidades de víveres que se conserven en buen estado durante los largos viajes. Los gobiernos de los reinos y estados europeos con comercio marítimo sabían de la importancia de contar con marineros entrenados y para conseguirlo las pesquerías de altura eran la mejor opción. En este sentido, merece la pena referir una cita extensa ubicada en el prefacio de una obra del profesor Innis relativa a la participación de los Estados europeos en el sistema mercantil, las pesquerías y la formación de imperios y el conflicto resultante para estos Estados:

La documentación diplomática demuestra la intensidad del conflicto entre el sistema mercantil y los imperios, y al interior del sistema mercantil. La documentación se ocupaba de las pesquerías en la medida en que esta contribuía a la defensa naval y muestra el apoyo recibido por el estado. Dicho apoyo se traduce en un aumento en barcos, en alimentos, en comercio, y especialmente en moneda. La pesca era una industria que fortalecía al Estado directa e indirectamente. En las pesquerías el cometido de la defensa nacional contribuyó a su desarrollo...El apoyo a la pesca como una parte de la política marítima dio al régimen marítimo en el Atlántico del Nuevo Mundo una posición crucial en la competencia entre los sistemas mercantiles europeos. La efectividad del sistema mercantil inglés fue el resultado de las medidas aplicadas a la pesca por parte del Estado. Francia fue gradualmente desplazada hacia las zonas menos redituables y forzada a depender cada vez más de los apoyos del Estado. La expansión de la industria pesquera en Terranova y Nueva Inglaterra significó un aumento en la navegación, la exportación de productos manufacturados en Inglaterra, la exportación de pescado seco...y la importación de sal, vino, y productos de mayor tamaño y menor valor que el pescado seco, y como consecuencia de moneda. La ausencia de un equilibrio entre la carga y el valor de las exportaciones y la carga y el valor de las importaciones aumentaron las demandas de moneda entre las naciones mercantilistas. (Innis, 1954, p.10).

Nos parece que en la cita anterior la visión de economista de Innis concentra parte de la temática de la que versa este trabajo al señalar Innis las pautas generales del mercantilismo europeo temprano, de las que se ocuparán los economistas españoles del siglo XVIII, añadiendo estos otros condicionantes que amplifican el clamor Ilustrado, como son la participación inglesa en la Guerra de Sucesión española (1701-1713), el Tratado de Utrecht (1713) y el apoyo franco español a la independencia de las 13 colonias inglesas en Norteamérica a partir de 1776.

Sin embargo, todavía en la segunda mitad del siglo XVI, Castilla y Portugal, los reinos ibéricos dominantes, presentan las características anteriormente señaladas en la cita tomada de Innis. Fundamentalmente, el aprovechamiento del bacalao seco salado pescado y procesado por los vascos en las costas de Terranova, por lo cual son proveedores de bacalao a la flota castellana consumidora importante de bacalao en sus travesías entre el Viejo y el Nuevo Mundo (Kurlansky, 1997). Los vascos y gallegos también comercian los excedentes con los comerciantes locales del interior peninsular, que en este momento ven cómo se va incrementando la demanda, un mercado que irá creciendo con el paso de las décadas, de modo que los vascos no contarán más como pescadores y proveedores, sino que se concentrarán en adquirir el producto y redistribuirlo en el interior del reino.

3 EL COMERCIO DE BACALAO ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA.

Martínez Shaw distingue dos tipos de pesca esenciales: la pesca de subsistencia y la pesca de altura. Para el siglo XVIII la pesca de subsistencia es la que tiene una mayor actividad en las costas españolas, abasteciendo a los mercados locales con pescado fresco. Por su parte, la pesca de altura se caracteriza por la lejanía de la costa del puerto de origen y porque las capturas necesitan ser procesadas o conservadas para evitar su deterioro, hasta llegar al mercado. Es necesaria una organización de tipo capitalista para el funcionamiento de este tipo de empresa (Martínez Shaw, 1991).

Las ideas anteriores de Martínez Shaw aluden a los tipos de pesca, la pesca de subsistencia y la pesca de altura, una tercera idea introducida por Martínez Shaw son las especies de peces consumidos en España. La pesca de subsistencia se realizaba en todo el litoral peninsular para abastecer a la población de pescado fresco, mientras que el interior peninsular dependía de las conservas como el bacalao seco salado que sólo se podía

conseguir mediante la pesca de altura y con una estrategia económica capitalista, algo que se intentó llevar a cabo durante la segunda mitad del siglo XVIII en España mediante proyectos que tuvieron un recorrido muy corto. Las especies objeto de comercio en España son principalmente el arenque, el bacalao, la ballena, la sardina y el atún.

La “pesca de subsistencia” tiene en las poblaciones del litoral a sus consumidores habituales, ya que el producto es fresco y para consumo inmediato. Las villas y ciudades cuentan con un marco jurídico, que reglamenta las actividades económicas realizadas en dichos espacios urbanos, y la compraventa de pescado es parte de este marco, especialmente en las poblaciones del litoral. La profesora Ana María Rivera Medina ha trabajado el tema de la actividad pesquera de bajura y el marco institucional que las rige en el siglo XVIII. En la época moderna se llevan a cabo políticas de fomento de la pesca con el objetivo de incrementar las capturas y al mismo tiempo aumentar los recursos fiscales de la administración local (Rivera Medina, 2000).

España ingresa al siglo XVIII en crisis político y económica. La guerra de sucesión enfrenta a España aliada de Francia contra Inglaterra. El tratado que inicia el fin de la guerra conocido como la Paz de Utrecht, es aquí de gran importancia al delimitar geográficamente la explotación de los bancos de pesca del bacalao en las costas de Norteamérica y la isla de Terranova. Para España significa el reconocimiento por parte de Francia e Inglaterra del permiso, en teoría, de capturar el bacalao en las aguas de Terranova, pero al estilo de “pesca migratoria” sin poder establecer campamentos para el procesado de lo pescado con lo cual se anula la posibilidad de conseguir el estilo de salado y secado del bacalao al gusto español. Para Francia significa la pérdida de la hegemonía en la captura y procesado del bacalao, pero también una restricción del uso del suelo que se confina a un par de pequeñas islas al sur de Terranova.

Para Inglaterra, Utrecht significa todo lo contrario, ya que consigue la posesión de la Isla de Terranova y la hegemonía de la captura y el comercio del bacalao seco salado y el monopolio del mercado Ibérico, así como el derecho exclusivo del comercio de esclavos africanos con las posesiones españolas en América siempre necesitadas de mano de obra. Pero especialmente importante es el derecho a enviar anualmente una embarcación con productos ingleses manufacturados a las colonias españolas con lo que se legitimaba de alguna manera el ya importante contrabando inglés existente en la zona del Mar Caribe (Martínez Shaw, 2020).

La industria del bacalao seco salado precisaba contar con una zona en tierra para el procesamiento del producto y convertirlo en una pieza rígida y duradera. Pescadores vascos, portugueses, españoles franceses e ingleses contaron durante siglos con acceso a tierra firme para esta empresa de secado en Terranova debido a que sus lugares de origen estaban en Europa y el viaje a Norteamérica en busca de bacalao lo hacía esencial. Franceses e ingleses utilizaron esta técnica de capturar el bacalao y llevarla a tierra para el secado conocido como *bank fishing* (Starkey, 2017).

Aunque España queda sin acceso a tierra firme para secar las capturas después de saladas, siempre existía la posibilidad de salar el bacalao a la manera francesa conocida como “cura húmeda”, para su conservación hasta el regreso a Europa, donde podía ser secada al aire libre durante varios días y obtener de esta manera la tan apreciada pieza de bacalao totalmente deshidratada, dura como la piedra, pero ligera e ideal para su transporte a larga distancia a lomo de mulas que los arrieros castellanos conducían desde la costa hasta el interior peninsular.

Conforme la nueva administración borbónica toma el control en el reino, la economía española inicia su recuperación, al tomarse medidas puntuales, señaladas por Martínez Shaw como “medidas intervencionistas”, las cuales fueron: el proyecto de mejoramiento de las infraestructuras de transporte; la adopción de medidas proteccionistas en la industria y el comercio, el apoyo a las industrias con más potencial y el desplazamiento de la iniciativa privada hacia proyectos fundamentales de la economía nacional (Martínez Shaw, 2020).

España se convierte en este siglo XVIII en la principal consumidora de bacalao, e Inglaterra en su principal proveedora, para lo cual fue de gran apoyo logístico la posesión de la Isla de Menorca en el Mediterráneo y el territorio de Gibraltar en el Atlántico, que desde 1713 son administrados en Londres. Con ello, Inglaterra, gran consumidora de vino, ahora tiene en los caldos ibéricos y canarios una alternativa a su histórica dependencia de vinos franceses que le suponían una derrama extenuante ya que no contaba con un producto con gran demanda del consumidor francés para pagar a cambio de su vino.

Para consolidar la nueva posición en el comercio internacional, los británicos consiguen el permiso para transportar esclavos africanos a las islas españolas del caribe, con lo que el comercio triangular se consolida, ya que de esta manera se mueven productos y vidas humanas de un punto a otro entre tres continentes, fortaleciendo a la marina mercante inglesa, gran consumidora de bacalao ella misma, que ahora transporta, exporta y reexporta al mismo tiempo que importa (Pope, 2004). Permiso, también, para pescar y procesar el

bacalao en Terranova para posteriormente transportarlo a España, para su comercialización a cambio de productos españoles como el vino, frutos secos, olivas y aceite de oliva junto con monedas de plata. A su vez, el bacalao seco salado que no era de la calidad que exigía el mercado peninsular era transportado y vendido a los esclavistas españoles y franceses de las plantaciones de azúcar de las islas del Caribe, para alimentar a la población trabajadora forzada. Finalmente, los productos adquiridos en España eran llevados a Inglaterra y de ahí reexportados a Terranova y las colonias de tierra firme para el consumo de los habitantes que entonces ya se cuentan por algunos miles (Martínez Shaw, 2020).

Por su parte, Janzen nos habla del importante papel jugado por la demanda del mercado como estímulo para la pesca, procesado y comercio del bacalao, actividad llevada a cabo por los vascos, que reaccionaron a la demanda castellana, y por otras naciones, como Francia y Portugal, con mercados internos fuertes en las aguas del Atlántico Norte a partir del siglo XVI. Este autor reitera la demanda de pescado salado a la que ya se habían habituado los peninsulares y cuya demanda ya no podía ser satisfecha por los vascos a partir de 1590 (Janzen, 2013).

Durante el siglo XVII se consolidan patrones que ubican a España entre las naciones consumidoras. Debido a la decadencia de la flota pesquera a finales del siglo XVI, España deja de abastecer a su propio mercado y se sitúa en la órbita de exportadores como Francia e Inglaterra. Hay una competencia intensa entre estas dos naciones para abastecer al mercado ibérico y las cifras que nos proporciona el museo de Terranova son una prueba de la importancia que este lucrativo mercado, España, tenía para la industria pesquera francesa e inglesa, con un mercado que requería de 400,000 quintales de bacalao seco salado anuales, junto a otros 150,000 quintales para el mercado portugués (Collier, 2011).

En otro trabajo, *The Illicit Trade in English Cod*, Janzen apunta que durante el periodo que España e Inglaterra estuvieron en guerra, de 1739 a 1748, los comerciantes franceses (bretones) compraron bacalao a los ingleses y lo introdujeron a España por el puerto de Bilbao. Con el tiempo, Francia entraría en la contienda del lado de España y el comercio ilegal debería haber cesado, no fue así, ya que los comerciantes franceses continuaron comprando bacalao a los ingleses para reexportarlo a España (Janzen, 1996). Se estima que en 1750 se exportaron de Norteamérica a España 1.5 millones de quintales. Un aumento considerable, si lo comparamos con la cifra mencionada en párrafos anteriores, donde se menciona la cifra de 400,000 quintales para unas décadas antes para España, y de 600,000 quintales si sumamos lo exportado a Portugal.

Janzen nos describe las maneras que se utilizaban para curar el pescado que el mercado demandaba. Primero el llamado *stockfish* en el que no se usa sal; luego tenemos el *saltfish* que lleva una capa de sal, el que mejor se vendía en el mercado peninsular y el tercer método de curación es el *wet* o *green fish* y que consistía en una gran capa de sal. El precio del pescado era lo que en última instancia gobernaba el mercado de consumo, por lo tanto, si el *saltfish* era más duradero y ligero para el transporte desde la costa al interior, el producto era menos caro para el consumidor final en los mercados del interior. Jansen apunta que el pescado ligero, como lo era el bacalao salado o *saltfish*, fue la razón principal del gusto de los españoles por él (Janzen, 2013).

En su trabajo sobre los precios del bacalao en el País Vasco¹⁵, Santiago Piquero y Ernesto López nos dicen lo siguiente: el efecto de la Bula sobre los patrones de consumo y la calidad del bacalao adquirido a finales del siglo XVIII, son considerables¹⁶. Considerando que antes de 1778 la abstinencia de carne roja obligatoria era de hasta 120 días al año en Castilla, ahora pasa a 90 días con la bula, y para 1799 quienes podían comprar dispensas a la iglesia, para poder consumir carne reducían la abstinencia a 15 días por año. Para el País Vasco era casi imposible determinar la calidad y el origen del bacalao comprado. Pero esto cambia en la década de los noventa del siglo XVIII, ya que se observa la calidad y el origen, así como los precios, y llama la atención que no hay mucha diferencia entre estos (Piquero y López, 2006). Esa década es de altos precios debido a la guerra entre la Francia revolucionaria e Inglaterra y la posterior extensión del conflicto bajo la dirección de Napoleón, conocida como guerras napoleónicas que duraran hasta 1815.

También nos confirman los Piquero y López que durante el siglo XVIII el nombre de bacalao se impone y es el que aparece habitualmente en la documentación. En los siglos XVI y XVII figuraban, además, las denominaciones abadejo, curadillo o truchuela. También nos indican estos autores que el bacalao de Nueva Inglaterra era el preferido en Bilbao durante el siglo XVIII hasta el último cuarto del siglo, aunque durante la guerra de independencia de las 13 colonias y los años noventa se compró de lugares como Terranova, Noruega, Escocia o Islandia (Piquero y López, 2006). Siguiendo con sus hallazgos, comentan que en el siglo XVIII el precio del bacalao en España en general era más caro si se adquiría en Bilbao que en Barcelona, dato que atribuyen a que el mercado mediterráneo estaba dominado por el bacalao de Terranova, mientras que el mercado Cantábrico lo era por el bacalao de Nueva

¹⁵ "New Evidence for the Price of Cod in Spain: The Basque Country, 1560-1900".

¹⁶ En 1778 se establece la Bula de la carne, haciendo posible reducir la abstinencia de carne roja a 90 días por año. A partir de 1799 los días de guardar podían ser reducidos a 15 si se adquirían indulgencias.

Inglaterra, y lo atribuyen a que el bacalao de Nueva Inglaterra, más caro que el de Terranova, que era el que se consumía en el resto de España y Portugal (Piquero y López, 2006).

El precio del bacalao consumido en España variaba según el origen y según el tipo de cura preferido por cada región en particular. Cuando dos fuentes muestran resultados opuestos, como en el caso de los datos de precios que para el tercer cuarto del siglo XVIII alcanzaba el bacalao en el mercado bilbaíno, según si era de procedencia de Nueva Inglaterra o de Terranova, cabe preguntarse si ello era debido a la guerra de precios entablada por estas dos regiones productoras, o bien si obedecía al gusto ya adquirido en Bilbao por la cura de Nueva Inglaterra.

Los autores Santiago Piquero y Ernesto López recogen dos propuestas para los precios en Bilbao, comparados con los de Barcelona para la misma época, abastecida por Terranova. Una posible respuesta es la da James G. Lydon, al afirmar que Bilbao consumía más bacalao de Nueva Inglaterra en la década de los setenta, a pesar del mayor precio de aquel en comparación con el de Terranova, porque la calidad es lo que contaba para los bilbaínos. Pero en otra parte del artículo, tomando como referencia a Zavala nos dicen sus autores que el precio del bacalao de Nueva Inglaterra hasta 1775 era de menor precio comparado con el procedente de Terranova. (citado por Piquero y López, 2006). Las instituciones religiosas de donde proceden los archivos estudiados por los autores muestran divergencias según el tamaño de la institución y tal vez debido a ello las divergencias en precio-calidad observado en el comportamiento del mercado del bacalao.

Aquí con respecto al tema de la preferencia, Regina Grafe opina que esta se establece en Bilbao desde mediados del siglo XVII, debido al momento en que el pescado de Nueva Inglaterra arribaba a ese puerto cantábrico, que ocurría mucho más tarde en comparación a las fechas de llegada del bacalao de Terranova, que sería para finales del verano, por lo cual los comerciantes de Bilbao podían comprar a mejores precios grandes cantidades de bacalao que sería vendido en la primavera a los consumidores, antes de la Semana Santa. Según esto, los comerciantes bilbaínos crearon el gusto y la preferencia por el bacalao de Virginia entre los consumidores (Grafe, 2004).

Mark Kurlansky hace unas referencias sobre esta diferencia de tiempos de llegada del bacalao a Europa según se trate del venido de Terranova o de Nueva Inglaterra, teniendo esta última región dos temporadas de captura del bacalao, la de primavera verano, que compartía con Terranova, Labrador y Nueva Escocia, enclaves todos al norte de Nueva Inglaterra, pero, a diferencia de aquellas, los pescadores de esta última colonia contaban con

bancos de peces en el invierno, por tener una bahía con temperaturas que permitían el desove del bacalao también en esta estación (Kurlansky, 1998).

Los colonos de Nueva Inglaterra necesitaron tan sólo una generación para aprovechar al máximo las oportunidades que las pesquerías del bacalao ofrecían. En 1750 ya eran unos comerciantes audaces que aprovecharon los recursos naturales y la fertilidad de la tierra para intercambiar sus frutos con los pescadores que arribaban cada año a las costas de Terranova y Labrador, que intercambiaban por bacalao que luego transportaban a Europa y las islas del caribe para intercambiar, a su vez, por otros productos como la melaza, de la cual obtenían el ron que era demandado por los pescadores en Terranova. Mark Kurlansky¹⁷, nos dice que Adam Smith en su obra *The Wealth of Nations*, menciona a los comerciantes de Nueva Inglaterra, los elogia por su espíritu emprendedor y en particular a las pesquerías que “...son un excitante ejemplo de cómo una economía puede florecer si a los individuos se les proporciona un ambiente comercial sin restricciones” (Kurlansky, 1998, p.75).

El siglo XVIII fue un siglo de crecimiento poblacional en el sur de Europa en general y en España en particular. La demanda de alimentos incrementó y entre ellos el bacalao seco salado de Norteamérica. Esto explica el aumento de la demanda de bacalao en este siglo en particular, de modo que “para la década de los 70 del siglo XVIII, los mercados del sur de Europa demandaron casi 650,000 quintales de bacalao salado inglés” (Lydon, 1983, pp. 541-542). La población en España creció especialmente en los puertos y ciudades de la periferia peninsular, Barcelona, Sevilla, Cádiz y Valencia. Alberto Tenenti¹⁸ nos muestra el grado de crecimiento, sobre todo, partir de la segunda mitad del siglo, cuando la población crece de “7.400.000 en 1750 a 10.400.000 en 1787...” (Tenenti, 2011, P.399). Martínez Shaw eleva las cifras totales a diez millones de habitantes, según los censos de Aranda (1768), y de 11 millones, conforme al censo de Floridablanca (1787) (Martínez Shaw, 2020).

La literatura sobre el consumo de bacalao en Europa plantea que la influencia de la religión sobre los hábitos alimenticios de la gente programó el gusto por el pescado, al imponer el ayuno ciertos días de la semana, lo cual significó que el consumo de pescado fuera una práctica generalizada durante gran parte del año litúrgico cristiano. La razón es cultural, sostiene Woolgar, y por cultural quiere decir religiosa. Otros autores sostienen esta afirmación, pero añaden otros factores como la presencia o ausencia de pescado en un territorio (Woolgar, 2000).

¹⁷Cod: A biography of the Fish that Changed the World.

¹⁸ La Edad Moderna.

El gobierno y los ilustrados consideraron excesivo el número de días que la población española debía abstenerse de consumir carne y otros alimentos “calientes”. A mayor número de días de ayuno, mayor era el consumo de pescado en general, siendo el bacalao seco salado el producto estrella para cumplir con este precepto religioso, lo cual aumentó la demanda y, por lo tanto, las ganancias de los extranjeros que comerciaban el bacalao en los puertos de la península ibérica y en los de las Islas Canarias. Se estima que entre 120 y 130 eran los días de abstinencia y cada provincia española establecía su número entre las cifras señaladas siendo en Aragón donde más días respetaba el ayuno (Cubillo de la Puente, 1998).

Para Regina Grafe el consumo de bacalao tenía unos patrones claros de aumento a través del año en los cuales se observaba una disminución del consumo de carne de res, la carne de mayor consumo en España, lo que hacía del bacalao un sustituto ideal de la carne de vacuno. Entiende que la preferencia por el consumo de bacalao tiene tanto factores económicos para su preferencia como factores religiosos, así, los consumidores podían reaccionar a los cambios en el precio de uno u otro producto alimenticio (Grafe, 2004).

Las órdenes religiosas eran las mayores consumidoras de pescado en la España del siglo XVIII. Gracias a los registros que realizaron de sus compras hoy tenemos esa información, que de otra manera no hubiera sobrevivido. El trabajo de Piquero y López ya mencionado previamente se basa en estos registros, conservados en monasterios del País Vasco, imprescindibles para elaborar la lista de precios de bacalao y otras especies de peces consumidas por estas órdenes religiosas (Piquero y López, 2006).

Grafe nos ofrece cifras aproximadas de la cantidad de bacalao que se consumía en España en la segunda mitad del siglo XVIII. Respecto a la población en general, eran consumidos 3,2 kilos por persona al año, pero esta cantidad se elevaba si se trataba de religiosas y monjes, quienes podían llegar a consumir hasta 34 kilos de bacalao por monje al año, como es el caso de un convento en Galicia. Nos dice Grafe que, “A pesar del alto consumo de pescado las órdenes religiosas consumían menos del 3% del bacalao importado. Aunque no es una cantidad pequeña la consumida, definitivamente los religiosos no fueron los principales culpables de lo que los folletistas del siglo XVIII vieran como desastroso el hábito de importar un alimento que arruinaba la balanza de comercio” (Grafe, 2004, p. 21).

Las autoridades, alarmadas por este consumo de bacalao inglés, que no hacía sino aumentar año a año, emplazaron este consumo entre sus preocupaciones principales durante prácticamente todo el siglo de las luces, por lo que se propusieron encontrar soluciones de naturaleza económica, siguiendo orientaciones diversas, desde las típicamente

mercantilistas, hasta las del liberalismo económico, pasando por la Fisiocracia. Pero el consumo de bacalao seco salado en España continuó en aumento sin que se hubiese encontrado un sustituto apropiado entre las varias especies de peces comerciales existentes en las aguas que rodean a la península ibérica, las costas de África o en las aguas de los territorios americanos.

La industria pesquera de bajura en España durante el siglo XVIII tuvo logros importantes, consiguiendo poner en marcha proyectos para la explotación de diferentes especies, como la sardina, especie en particular que representa el éxito buscado por los economistas ilustrados. Para Martínez Shaw es una actividad que “se beneficiará en la segunda mitad de siglo debido a la introducción de los sistemas de arrastre, de la salazón de las capturas, del debilitamiento de las posiciones conservacionistas y de la ausencia temporal de las exportaciones inglesas durante la guerra de la Pragmática Sanción para abandonar el ámbito de la mera subsistencia y convertirse en un ramo penetrado por los intereses capitalistas” (Martínez Shaw, 1991, p.11).

4 POLÍTICAS PÚBLICAS PARA EL FOMENTO DE LA PESCA EN ESPAÑA

Las políticas públicas están motivadas por las necesidades que los gobernantes y sus súbditos tienen en un momento determinado, sean estas económicas, políticas o sociales. En la España de principios del siglo XVIII, inmersa de lleno en una lucha por la sucesión dinástica, el componente bélico determina totalmente esas necesidades antes mencionadas. El rey Carlos II de la casa de Austria había muerto sin descendencia en 1700 y la contienda que esta circunstancia generó se inclinó en 1713, una vez concluida la guerra, a favor de la Casa de Borbón de Francia, coronándose a Felipe de Anjou como nuevo rey de España.

Para el profesor Carlos Antonio Garriga Acosta, autor del texto *La Ilustración jurídica*, la situación previa al conflicto por la sucesión dinástica al trono español (1702-1713) ya comprende las tres claves políticas que determinarán el camino de la Europa del setecientos, conocida también como el siglo de la Ilustración. Estas claves son las siguientes: la percepción de que la monarquía española de los Austrias estaba en crisis directa; la revocación del Edicto de Nantes (1598) mediante el de Fontainebleau (1685), que venía a ratificar la dirección que estaba tomando el rey de Francia Luis XIV hacia un gobierno eminentemente personal; y, por

último, la revolución Gloriosa de 1688-1689 en Inglaterra (Garriga Acosta, 2012). Estas causas históricas de carácter político crearon el fermento para el florecimiento de pensadores como Pierre Bayle, John Locke e Isaac Newton, proseguidos, algunas décadas más adelante, por otros de la talla de Bernard de Mandeville. Estamos en la etapa que Paul Hazard calificó como las décadas de la “crisis de la conciencia europea”.

Las potencias europeas a finales del siglo XVII se veían amenazadas por la política exterior agresiva del rey Luis XIV de Francia por lo que reorganizan sus alianzas con el fin de fortalecer su para afrontar la posibilidad de una nueva guerra contra Francia. Durante el Antiguo Régimen, la situación de guerra era muy habitual. Ello ocasionaba enormes gastos a las naciones beligerantes, que consumían la mayoría de los recursos financieros y se veían obligados a recurrir a sofocantes préstamos. En este contexto es pertinente el planteamiento acerca del sistema económico mercantilista planteado por el profesor González Enciso desde la perspectiva del “fiscal state”. Este sostiene que, si entendemos mercantilismo como la forma en que un Estado organiza su economía, entonces, guerra, poder, Estado y mercantilismo tienen el mismo significado, por lo cual en el siglo XVIII mercantilismo es esencialmente una economía de Estado, es decir, una economía de guerra (González Enciso, 2019).

La difusión de estas nuevas propuestas y su aplicación como método intelectual a problemas generados por la vida en sociedad, así como las formas de gobierno desarrolladas por estas comunidades, de acuerdo con sus actividades económicas, van adquiriendo una complejidad creciente. La figura que tener en cuenta en la fase de mediados de siglo es la del pensador francés Montesquieu, autor del texto más influyente del pensamiento europeo de las décadas sucesivas, *El espíritu de las leyes* (1748) (Garriga Acosta, 2012).

Ya en la segunda mitad del mismo siglo XVIII, se están aplicando a la crítica de la sociedad, la moral, su manera de pensar y de gobernarse los métodos concebidos décadas atrás por Newton para el estudio de las ciencias naturales. Los fundamentos económicos de las sociedades de ese tiempo comienzan a ser puestos en cuestión (Hume) y se elaboran propuestas novedosas en Escocia como consecuencia de empresas mercantiles fallidas en ultramar (Darién, Panamá), que enriquecen el análisis económico de lo comienza a conocerse como la sociedad comercial (Ibeji, Mike, 2011). El mejor exponente de todo ello es Adam Smith quien, en su conocida *Wealth of Nations* (1776), plantea de manera contundente lo que ya habían avanzado otros pensadores en Francia e Italia, como los fisiócratas o los economistas lombardos y napolitanos, “...la relevancia de la relación entre propiedad,

comercio y libertad y construirán sobre estos valores una nueva filosofía moral y un nuevo modelo de sociabilidad propios de sociedades comerciales” (Garriga Acosta, 2012. p.260).

Así pues, de teorizar sobre la organización del ser humano en sociedades se transitó hacia el análisis del individuo y sus derechos y libertades, lo cual contribuyó a fundamentar la idea de autonomía individual. Pero antes hubo que integrar el análisis que hizo Montesquieu de los valores sociales y políticos de la sociedad tradicional en la que vivía, una teoría social sin la cual las ciencias sociales no tendrían fundamento para desarrollar sus análisis, pues este se enfocaba en las “sociedades políticas”; además, en última instancia, “la evolución de las sociedades apuntaba hacia un perfeccionamiento de estas a través del comercio y la sociabilidad que este implicaba” (Garriga Acosta, 2012, p.267).

El tipo de sociedad que estos intelectuales tenían en mente estaba fundamentado en personas libres con responsabilidades familiares, aspiraciones políticas y económicas, algunas de ellas con relaciones comerciales y una cierta ambición e interés propio para alcanzar metas que, de conseguirlas, redundarían de manera positiva en el conjunto de la sociedad. Así pues, la filosofía moral y la economía política resultaban disciplinas de notable utilidad para alcanzar respuestas al reto del progreso continuado que habían imaginado los ilustrados. En este tipo de sociedades comerciales, que pivotan principalmente sobre los contextos urbanos, casi todo había que comprarlo a alguien, todos participan del sistema, ya fuera como consumidores o como comerciantes (Garriga Acosta, 2012).

Quien mejor lo plasma estas ideas durante la primera mitad del siglo XVIII fue el escocés David Hume en sus *Political Discourses* (1752). Dos ideas de este insigne miembro de la Ilustración escocesa deben subrayarse aquí: la primera es que Hume considera a los derechos de una persona como atributos morales y no atributos naturales, como se había considerado hasta entonces; la segunda es que la “legitimidad del gobierno y el orden jurídico-político eran, ante todo, una cuestión de opinión. No era el pacto sino la sociabilización de la opinión de que tal forma de gobierno podía garantizar seguridad y justicia lo que sostenía al gobierno” (Garriga Acosta, 2012, p.273).

Se hace necesario un código, una constitución que asegurara la claridad en los derechos y deberes de los primeros súbditos y después ciudadanos, así como de un sistema económico establecido sobre nuevos fundamentos. Aquí es donde destaca especialmente la escuela escocesa de pensamiento ilustrado con Smith como representante fundamental en la descripción de una sociedad comercial basada en fenómenos estrechamente entrelazados

entre sí: “la división del trabajo, la acumulación de capital o la extensión del comercio...” (Garriga Acosta, 2012, p.274).

Este nuevo contexto intelectual, del cual hemos esbozado tan solo algunas de sus líneas principales, ayuda a comprender el devenir de las pesquerías en el siglo de la Ilustración. El capital de inversión en la modernidad europea ha sido constante en las pesquerías tanto de bajura como de altura; las empresas de comercio han sido variadas, con ejemplos de éxitos, en el caso de España, tanto en el litoral cantábrico como en el litoral catalán. En el contexto europeo, sobresalen a vertiente atlántica de Francia, los bretones y los vascofranceses, los holandeses, por supuesto, y los comerciantes del sur de Inglaterra.

Estos pocos ejemplos de aventuras económicas podrían ser los referentes de lo que Donald Winch describe como promotores y sostenedores del “progreso económico europeo a través del proceso continuo de adaptación racional de medios para obtener determinados fines” (Winch, 1979, p.518). Para el siglo XVIII esos actores económicos han acumulado una notable experiencia y capital; además, han diversificado sus negocios y, en algunos casos, han abandonado el comercio y las pesquerías invirtiendo, en el más desarrollado caso inglés, en lo que se está gestando ya alrededor de la denominada “revolución industrial”.

En aquel mundo de las actividades marítimas, las inversiones en el comercio del pescado podían derivar hacia nuevos destinos cuando los comerciantes consideraban que un momento determinado era adecuado para aventurarse en la pesca misma y no sólo en la comercialización del producto a un nivel local o regional. Este paso a una mayor participación y control del conjunto de la actividad pesquera significaba normalmente unas mayores ganancias, pero también un mayor riesgo. El ejemplo anterior a la modernidad lo tenemos en los comerciantes hanseáticos (núcleo alemán), que se organizaron en asociaciones que dominaron las pesquerías del norte de Europa durante la Baja Edad Media. Fueron extremadamente eficientes controlando todo el proceso hasta el punto de que no ha existido otra experiencia similar. Acaso, los comerciantes de Nueva Inglaterra podrían ser considerados tan exitosos que ellos, en concreto, durante el siglo XVIII.

Aparece una nueva forma de escribir sobre cuestiones económicas, en particular a partir de 1750, en países como Gran Bretaña, Francia o Italia, dentro de un ambiente intelectual más amplio, que fue la Ilustración, hasta el punto de que esta segunda mitad de siglo vio nacer a los “primeros creadores de sistemas económicos” (Winch, 1979, p.517). Como ha explicado con detalle Donald Winch, el nacimiento de esta nueva ciencia puede ser interpretado desde dos ópticas opuestas, según se ponga el énfasis en que ese nacimiento

sea debido a los cambios experimentados en el ámbito de las ideas o bien a cambios experimentados en la realidad económica, los cuales exigían una sistematización completa de nuevo cuño, que, en suma, fue realizada de la mano de los fisiócratas en Francia y la escuela escocesa, con Hume y Smith, a la cabeza, en Gran Bretaña. Sin entrar en una discusión a fondo sobre la capacidad interpretativa de estas dos posiciones, que pueden calificarse genéricamente como idealista o materialista, lo cierto es que el nacimiento de esa nueva ciencia condicionó los modos de pensar en la Ilustración europea durante la segunda mitad del siglo XVIII. Detrás de ello subyacía la importancia de que los estados europeos comenzaran a dejar de poner su énfasis en la guerra y establecieran políticas de crecimiento económico, es decir, activaran las posibilidades que ofrecía el desarrollo de sus sectores económicos claves, la agricultura, la industria, el comercio y, por supuesto las pesquerías. Esto ocurrió también en España. Estamos en la fase del siglo XVIII que suele caracterizarse como el “absolutismo ilustrado”, marcado por la presencia en la cúpula del poder de actores políticos que, en buena medida inspirados por esas ideas, ponen en marcha diversas reformas y planes de modernización de la monarquía. Francia es el modelo para seguir en todos los sentidos debido a la afinidad política, cultural y religiosa con España. El ejemplo más sustancial fue el de Francia bajo el reinado de Luis XIV, en particular, durante el periodo del ministerio de Colbert. En suma, “en varios países europeos, la historia de la ciencia de la política económica durante la segunda mitad del siglo XVIII se encuentra fuertemente interrelacionada con la historia del fenómeno conocido bajo el nombre de “despotismo ilustrado” (Winch, 1979, p. 530).

Entre otros autores, Hancock describe las medidas tomadas por los Borbones tratando de mejorar la administración de la depauperada monarquía española. El objetivo primordial de ellas era asegurar su solvencia económica, lo cual implicaba cuestiones como arreglar los desbarajustes de la flota española, permitiendo la incorporación de navíos individuales al comercio colonial y debilitando los monopolios, hasta ese momento bajo protección real. A partir de los años cincuenta y sesenta, el Estado favoreció la reforma del sector agrícola, la industria y las colonias, liberalizando las actividades productivas y el comercio; sin embargo, aunque esas medidas eran un paso en la dirección correcta, al final no cosecharon el resultado esperado: “...mientras la periferia florecía el centro se corrompía” (Hancock, 2017, p.22).

Es en este contexto en el que se debe interpretar el trabajo de los ilustrados españoles del siglo XVIII quienes, imbuidos de un conocimiento económico y político cada vez más completo, se pusieron al servicio de la Monarquía con el fin de promover una política

de desarrollo que favoreciera la prosperidad de la nación. Fueron muchos los ilustrados interesados en la agricultura y el comercio, así como en la puesta en marcha de instituciones apropiadas para el desarrollo de las manufacturas. Sin embargo, fueron mucho menos numerosos los que se ocuparon seriamente en sus escritos sobre la pesca, aunque esta fuese de una trascendencia económica, religiosa y cultural vital, debido a que el consumo de pescado era norma habitual en el conjunto de la población española, tanto en la periferia como en el interior de la península. No deja de ser sorprendente este interés algo minoritario por las pesquerías españolas, cuando algunos de los ilustrados españoles más insignes procedían de la cornisa cantábrica, la vertiente mediterránea o las provincias norteafricanas fronterizas con Francia.

El punto de partida de sus observaciones acerca de la pesca española era el gasto inaceptable que suponía para la monarquía el consumo de bacalao y otros pescados secos procedentes del exterior. El ejemplo más sangrante era la dependencia de las importaciones inglesas. El tema se hallaba muy presente entre los ilustrados, pero muy pocos de ellos se interesaron por estudiarlo a fondo para encontrarle vías de solución. El gasto e importación del pescado salado fue una constante durante todo el siglo, y alcanzaba, según la cifra dada por Uztáriz en 1724, 3 millones de pesos. Ulloa repitió esta misma cifra en 1740, y lo mismo hizo Campomanes en 1762, reiterando que la cantidad se aproximaba a 500.000 quintales (un quintal equivalía a 45,45 kilogramos; tomado de Menard, 2007). No obstante, para finales del siglo, ese gasto había aumentado en medio millón de pesos, alcanzado en 1784 la cifra de 3,5 millones de pesos (Martínez Shaw, 1995)¹⁹

La estructura del comercio español era, a grandes rasgos, la de un territorio constreñido al sur de Europa, pero dominado de un extenso imperio en ultramar que nutría a la Monarquía de metales preciosos y demandaba productos manufacturados. Por tanto, se hacía particularmente necesaria una política de fomento manufacturero con la idea de

¹⁹ España seguirá siendo durante mucho tiempo un país esencialmente importador de pescado seco. Para la segunda mitad del siglo XIX el trabajo de María del Carmen Espido Bello y Jesús Giráldez Rivero titulado *El Bacalao en España (1850-1914): importación y política comercial*, resulta especialmente útil: en la monarquía española el total de gasto en importaciones durante el periodo 1851-1860 fue de 278,04 millones de pesetas de las cuales se gastaron 12,55 millones de pesetas en bacalao seco salado, que representan el 4,51% del total (Espido Bello y Giráldez Rivero, 2015, cuadro 2, p.46). Había pasado más de un siglo desde que Uztáriz estimara el gasto en bacalao extranjero en 3 millones de pesos.

reducir la dependencia de las manufactura extranjeras, principalmente, de las británicas, y de evitar la salida a cambio de la moneda y los metales preciosos americanos- Según Pérez Sarrión la situación comercial de España era el siguiente: “España importaba todo tipo de manufacturas de Inglaterra, Francia y resto de Europa y a cambio había de exportar plata en forma de moneda y salarios a los países exportadores”(Pérez Sarrión, 2011, p.181). Se trataba, en suma, de promover un programa de desarrollo manufacturero similar al proyectado el siglo anterior por Colbert para Francia con el fin de frenar el avance internacional del comercio holandés.

No obstante, se debe matizar las exacerbadas críticas de los ilustrados españoles debido a las importaciones excesivas de bacalao, en aumento a medida que transcurría el siglo, provenientes del mercado inglés. También se debe tener en cuenta los beneficios conseguidos en España por varios sectores de la cadena comercial implicados en ese tráfico importador. No disponemos de cifras totales sobre los beneficios conseguidos por los comerciantes en los puertos de llegada a la Península, por los arrieros que transportaban el pescado desde la costa al interior y traficaban con los pequeños comerciantes de Castilla y otras regiones del interior peninsular. Tampoco hay estimaciones de los rendimientos obtenidos por los productores agrícolas que vendían sus productos a los extranjeros que llegaban con bacalao y partían después con productos agrarios y ganaderos locales. No se debe olvidar, por último, los ingresos que obtenía el gobierno por concepto de impuestos aplicados al bacalao salado importado, lo que López Loza entiende que se trataba de una política dirigida a atenuar el impacto de esas importaciones a través de un arancel elevado que favoreciera el logro de ingresos fiscales y al mismo tiempo disuadiera el consumo de este producto “inglés” (López Loza, 2005).

Como apunta el profesor Pérez Sarrión, la balanza de pagos era un “problema estructural” (Pérez Sarrión, 2011, p.182), que venía de muy lejos, que será heredado por la nueva dinastía Borbónica en el siglo XVIII y que no se debía a un producto específico, sino a al escaso desarrollo manufacturero español, que obligaba a recurrir a bienes procedentes de Gran Bretaña y Francia, principalmente. Aunque las lamentaciones sobre el estado de las pesquerías españolas y el gasto excesivo en consumo de bacalao británico hubieran brotado ya en el siglo XVII, el auténtico detonante de esta situación y de que resultaba prioritario ocuparse del mar y sus actividades a través de una legislación moderna fue el Tratado de Utrecht de 1713: “Efectivamente, nada más firmada la Paz de Utrecht, se publica la R. O. de 21 de febrero de 1714, que se convierte en el punto de partida y referencia de una serie de disposiciones, reglamentos, ordenanzas, reales cédulas u órdenes, que van a transformar la

marina española, tanto la militar como la civil a lo largo del siglo XVIII” (Burgos Madroñero, 1993, p.15).

A partir de ese momento, aumento la consciencia en la Corona española de la necesidad apremiante de explotar los caladeros peninsulares con el fin de abastecer los mercados locales con especies conocidas y apreciadas por el consumidor. Otra alternativa era promover la pesca en el banco sahariano, el cual ya era explotado por los canarios, quienes obtenían pesca suficiente para abastecer a su población. La Corona trató de lograr que con los recursos invertidos en esos caladeros se desarrollara una empresa conservera que fuera capaz de abastecer el autoconsumo canario y parte de la demanda procedente del mercado peninsular.

Este objetivo político de aumentar la producción nacional de pescado con el fin de disminuir la dependencia extranjera y al mismo tiempo proporcionar a la población española de un alimento básico encontró un primer obstáculo en la legislación vigente, que evitando el aprovechamiento el uso extensivo de la técnica de arrastre en las aguas del Mediterráneo con el uso del “bou catalán” que al ser utilizado se conseguían capturas importantes -que lo hacían muy productivo- que con las técnicas tradicionales no era posible. Las autoridades andaluzas “se negaron a ampliar el número de concesiones” presionadas por las protestas conservacionistas de algunos ilustrados y pescadores locales en perjuicio de la producción en esta provincia mientras que en Cataluña el número de bou faenando aumenta (Martínez Shaw, 1988, pp.324, 325). Pero los intereses locales en el levante español podían llegar a evitar el aprovechamiento de estas técnicas, con lo cual se perdía una oportunidad de introducir mejoras productivas. Así concluye López Loza su trabajo dedicado a la legislación pesquera: “...en España, los intereses y las necesidades del Estado, de la Marina y del sector pesquero entraban en conflicto, y esto dio lugar al desarrollo de ciertas políticas e instituciones que constituyeron...un obstáculo para el crecimiento de la pesca en España” (López Loza, 2005, p.19).

En el sector primario hubo inversiones con el objetivo de fomentar la pesca de la sardina durante el último cuarto del siglo XVIII. Fueron desarrolladas diversas políticas públicas para apoyar la pesca de arrastre en el levante, en el litoral andaluz y en las costas de Galicia. La iniciativa fue cobrando impulso, pero debido a censuras por parte de diversos sectores afectados y a la opinión de que con la técnica de arrastre se dañaba el ecosistema de las diferentes especies, la Corona detuvo su aprovechamiento en Andalucía, algo que Martínez Shaw valora como una “postura negativa” hacia la industria pesquera. Este mismo

autor ha estudiado que las otras iniciativas de las décadas de los setenta y ochenta en el ámbito de la pesca de altura, como la Compañía de Pesca Marítima (febrero de 1775) y la Compañía Marítima, dirigidas a la captura de ballenas y lobos marinos en la Patagonia, también fracasarían (Martínez Shaw, 2020).

En cambio, la aplicación de una política pública por parte de la Monarquía en las pesquerías canarias para la explotación del banco sahariano dio resultados positivos. En el archipiélago se logró aumentar el volumen de capturas con respecto a los siglos anteriores. Para Juan Manuel Santana Pérez, el interés mostrado por los ilustrados se materializa, con particular atención, en la flota canaria durante la segunda mitad del siglo XVIII, cuando en España no existía “una verdadera industria pesquera de altura y la creencia de que en nuestras costas habitaba el bacalao darán lugar a una serie de intentos de explotación racional del banco pesquero, aunando capitales peninsulares y extranjeros” (Santana Pérez, 2010, p. 69).

Pero la finalidad principal de esa inversión pública fue la de proporcionar a la flota peninsular nuevos caladeros donde faenar, capturando especies como el abad o abadejo, poco explotadas por los canarios, pero muy apreciadas entre los consumidores peninsulares. Para finales del siglo XVIII otras naciones mostraron interés por los caladeros africanos. Entre ellas se hallaba Gran Bretaña, que no tardó en enviar exploradores para averiguar el potencial de esas aguas y las especies que en ella podrían ser de provecho (Santana Pérez, 2010).

La matrícula de mar fue otra de las políticas de la Corona para fomentar la industria pesquera española durante el Setecientos. Para su aplicación, era necesario planificar la manera de tener organizado el censo de los individuos dedicados a la pesca en los dominios de la Corona. En la segunda década del siglo XVIII, bajo el reinado de Felipe V, e primer borbón en el trono español, se intentó proceder a esa matriculación; pero esta no fue efectiva sino hasta 1751-1754. La auténtica razón es que “Sólo interesaba en la medida que su número pudiera contribuir a incrementar y preparar la cifra de marineros aptos para la armada, aunque de forma secundaria se decía que trataba de fomentar la pesca para reducir la dependencia de las importaciones de bacalao de países del norte de Europa” (Santana, 2009, p. 154).

Ernesto López Loza²⁰, señala que durante la segunda mitad del siglo XVIII la existencia de instituciones o de estrategias del Estado afectaron a las pesquerías al nivel tanto de la

²⁰ “El Estado, la Marina y el sector pesquero en España durante los siglos XVIII y XIX”.

demanda como de la oferta. Los ilustrados españoles de inicios del siglo XVIII ya tenían identificadas las causas de la decadencia del sector naval y la marinería; estas se debían principalmente a tres restricciones concretas: el estanco de la sal, la importación libre de bacalao y la matrícula de mar (López Loza, 2005).

En otros estados europeos de la época, se habían llevado a cabo medidas similares a la descrita para tener un cierto control de los efectivos disponibles para reclutar, en caso de necesidad. Era sabido que la pesca formaba a los hombres de la mar en individuos aptos para la armada en caso de guerra. En este sentido, Santana apunta que “El propio Campomanes apuntaba que la gran ventaja de la Armada inglesa se debía al desarrollo de su sector pesquero, que servía de escuela a la marinería para aprender los oficios militares marítimos en sus guerras” (Santana, 2009, p.156).

López Loza nos advierte que la mayoría de los investigadores que han trabajado el tema de la matrícula de mar sostienen que esta tuvo efectos negativos: Juan Manuel Santana concluye que la matrícula de mar fue perjudicial para la pesca, y en la misma línea se posicionan otros autores, entre ellos Martínez Shaw y Fernández Díaz. (López Loza, 2005; Santana, 2009). En su trabajo *La pesca en España en el siglo XVIII. Una aproximación cuantitativa*, estos dos últimos autores presentan unos números mínimos de individuos registrados disponibles para ser utilizados en la flota española. El número total sería de 23.000 hombres de mar, incluyendo principalmente pescadores y destacando en particular los gallegos (Roberto Fernández Díaz y Carlos Martínez Shaw, 1984).

El ilustrado José Moñino y Redondo, conde de FloridaBlanca, fue elegido para estar al frente de la Secretaría de Estado durante el reinado de Carlos III. Preocupado por el estado en que se encontraba la industria pesquera y conservera, en 1782 envió a Jacinto Delgado, un experto en materia de economía de las Islas Canarias, para adquirir información sobre la situación de esta industria, con el objetivo de activar su funcionamiento hasta alcanzar un gran nivel productivo. Años después, el informe fue remitido enviado a Madrid. En él se proponía la explotación de especies, el tasarte y el congrio, que presentaban las mejores posibilidades de ser explotadas bajo la supervisión del hombre de negocios Francisco Ripio Barceló. En un informe posterior, se añadía a ello la sugerencia de ampliar las actividades a la captura y el procesamiento de la sardina (Santana Pérez, 2010).

En Canarias, como en otras regiones de la península, las sociedades económicas jugaron un papel importante en la puesta en práctica y supervisión de los proyectos reformadores del Estado. En Tenerife, la Real Sociedad de Amigos del País solicitó a las

autoridades locales que se ayudara, en la manera de lo posible, a la industria pesquera, por ejemplo, quitando impuestos, aplicando “medidas liberalizadoras para la gente de mar...medidas que beneficiarían a pescadores y vendedores de pescado, permitiendo que pudiesen vender sus productos en las calles y plazas públicas” (Santana Pérez, 2010, p.73).

El Estado afrontó el problema de la decadencia pesquera del reino con la voluntad de implementar políticas de fomento que contribuyeran con medios materiales, como naves de pesca, con la mejora de instalaciones deterioradas y con equipo adecuado para aumentar las capturas. Además, de esas medidas, había otras que reforzaron el proyecto reformista, se tomaron decisiones desde arriba para dar luz verde a peticiones que venían haciendo los Amigos del país. Estas instituciones jugaron un papel importante al mantener el debate abierto sobre la situación en que se encontraba la industria pesquera y las posibles soluciones a este problema. En 1784 escribieron la cúpula de la Corona para agradecer y destacar las medidas aprobadas en las cédulas reales de 1783 y 1784, que consideraron de vital importancia para fortalecer el sector pesquero del reino (Santana Pérez, 2010).

En las aguas de las Islas canarias, muy ricas en especies, y en las de los bancos saharianos se podía capturar las siguientes especies: tasarte y sama, dos especies de las preferidas por el consumidor de las islas, mientras que en el banco sahariano abundaban la serruda, el sama, el abadejo, el mero y el cherne. La pesca cercana a la costa canaria se comercializaba fresca, lo cual era muy del gusto del consumidor isleño, mientras que las capturas realizadas frente a las costas africana se procesaban a bordo del barco para lo cual la sal era un producto indispensable; no obstante, también lo eran la experiencia y la destreza del pescador para aplicar la correcta cantidad al pescado luego de haber sido limpiado de sus vísceras (Santana Pérez, 2010).

En las aguas de las Islas canarias ricas en especies y en las de los bancos saharianos se podía capturar las siguientes especies: tasarte, sama, dos especies de las preferidas por el consumidor de las islas mientras que en el banco sahariano abundaba la serruda, sama, el abadejo, el mero, y el cherne. La pesca cercana a la costa canaria se comercializaba fresca que era muy del gusto del consumidor isleño mientras que las capturas realizadas frente a las costas africana se procesaban a bordo para lo cual la sal era un producto indispensable pero también lo era la experiencia y la destreza del pescador para aplicar la correcta cantidad al pescado luego de haber sido limpiado de las vísceras (Santana Pérez, 2010).

Santana clasifica las medidas aplicadas por los ilustrados con el apoyo del gobierno con el fin de potenciar la pesca en tres categorías. Primera, el esfuerzo se concentra en el personal de marina o pescadores, tratando de que mejoren el oficio y las rutinas con las que trabaja esta industria, así como difundiendo mejoras técnicas en las artes de pesca; segunda, reglamentando la técnica de arrastre que el pescador pudiera concebir como nociva desde el punto de vista de ahorro de mano de obra y, por tanto, una amenaza para el futuro empleo del trabajador; y, tercera, fomentando la puesta en marcha de compañías privilegiadas (Santana Pérez, 2010).

La preocupación principal tanto de los ilustrados como de la Corona era que había una balanza comercial negativa en lo relativo al comercio de pescado salado y había que reducir ese saldo negativo de cualquier manera posible. Todo pasaba por el fomento y el aprovechamiento de especies presentes en las aguas españolas y su aprovechamiento tanto en su versión fresca como procesada. El aumento de la producción era la clave, pero, al mismo tiempo, se debía disminuir el consumo del pescado importado, especialmente el que provenía del Mar del Norte y el procedente de las aguas cercanas a las costas de Massachusetts y Terranova, ya que eran los que representaban la mayor proporción del pescado importado (a excepción del que entraba por el puerto de Bilbao).

Santana aclara que, aunque los objetivos perseguidos no se cumplieron como se había proyectado, sí que hubo una reducción de las importaciones en alguna fase de la segunda mitad del siglo estudiado, pero solo en lo relativo al pescado procedente de Europa. Ello nos lleva a pensar que la situación de escaso crecimiento económico que padecía en España propició una caída de los precios que los exportadores nórdicos no vieron rentable; en cambio, para los ingleses, aún con márgenes menores de ganancia, seguía siéndolo debido a que los productos intercambiados principalmente los frutos secos y el vino español y canario- servirían para compensar esa disminución de ganancias ya que podían ser vendidos en Inglaterra a precios elevados.

En las aguas de Terranova, a finales de la primera mitad del siglo XVIII, se venía experimentando con un sistema que no era nuevo ya que los franceses, primero, y los pescadores de Nueva Inglaterra, posteriormente, lo venían practicando con anterioridad. Dicho sistema consistía en pescar cerca de la costa utilizando embarcaciones pequeñas, que requerían de menos hombres, regresando a la costa para descargar el producto, con lo cual se reducían costes, pero se aumentaba la producción. Otra novedad era el aumento de

colonos en la isla de Terranova, y ello propiciaba que la pesca del bacalao fuera una actividad constante.

Campomanes llegó a la conclusión de que era prácticamente imposible reanudar las actividades de la captura del bacalao en las aguas de Norteamérica por la falta de acceso a la tierra firme para realizar el proceso de secado de las capturas. Debido a ello, dirigió sus esfuerzos a buscar una especie marítima que pudiera ser procesada, al estilo del bacalao, en las aguas del sur de América. Para ello, concibió un proyecto que se llevaría a cabo décadas después, aunque no con las características precisas que él había diseñado (Martínez Shaw, 1995).

Existieron algunos intentos de poner en pie proyectos para la pesca de especies que pudieran ser procesadas, al estilo del bacalao del Atlántico Norte, pero todas tuvieron el mismo final a poco de haber sido iniciadas. Lo dicho anteriormente es lo que se enmarca en lo que Santana califica como “las acciones gubernamentales de los reformistas” y que pertenecen al grupo tercero de la división mencionada anteriormente: la creación de compañías privilegiadas. En la primera mitad del siglo, encontramos la fundación de la Compañía de Ballenas de San Sebastián de 1732 (Martínez Shaw y Fernandez Díaz, 1991, p.82; Santana Pérez, 2010, p.69), y, en la segunda mitad, la compañía privilegiada de pesca, fundada en 1775, “como iniciativa de la Real Sociedad Económica Bascongada de Amigos del País, la Compañía de Pesca Marítima para faenar en aguas europeas” (Santana Pérez, 2010, p.79). Otra compañía de pesca, fundada, esta vez en América, fue la Compañía Meridana. Su finalidad era explotar las especies de las aguas de la península de Yucatán que albergaban una especie con textura parecida a la del bacalao y, por tanto, era susceptible de ser salada a la manera del bacalao procedente de Terranova (Santana Pérez, 2010).

Campomanes creía en la posibilidad de crear una empresa pesquera encargada de la captura de bacalao, ballena o lobo marino en las aguas del Atlántico Sur en la Patagonia, en un área específica entre la Bahía de San Julián y puerto Deseado. La empresa se fundaría con capital privado y gozaría de concesiones comerciales. La Real Compañía Marítima fundada en 1789 nació de esta idea elaborada por Campomanes y fue llevada a la práctica por Sáñez Reguart, con el apoyo político de Floridablanca, como una empresa privilegiada. Esta experiencia nacía con la finalidad de materializar el sueño ilustrado de reducir la dependencia extranjera de pescado salado, pero fue su resultado no fue positivo (Martínez Shaw, 1995; Santana, 2010).

5 LA VISIÓN DE LOS ILUSTRADOS SOBRE LA PESCA

Una manera distinta de pensar se abre paso en la Europa del siglo XVIII (la Ilustración), mientras que otra en el plano económico ha dado sus frutos (la fisiocracia) y será en pocas décadas superada por una teoría económica más poderosa, resumida en la frase, en francés, *Laissez Faire, Laissez Passer*, acuñada por los propios fisiócratas, y desarrollada - insistiendo en la iniciativa privada y la libertad de comercio como motores del desarrollo- por el economista escocés Adam Smith en su obra *Wealth of Nations*, publicada en 1776. Este famoso libro será puesto a prueba con la Revolución Industrial y, teniendo como trasfondo ese fenómeno transformador, se convertirá en referencia obligada en gran parte de Europa entre los economistas y reformadores del último cuarto del siglo de la Ilustración y aplicada, con las modificaciones pertinentes, durante el siglo XIX.

El Setecientos fue el siglo de la puesta en práctica de las ideas y los valores que sustentan el progreso de la humanidad. Durante ese siglo la cuestión económica desempeña un papel fundamental, ya que se concibe como la base a partir de la cual lograr la reforma del Antiguo Régimen y alcanzar el progreso. En el panorama europeo se tenían modelos a seguir como el de Francia, algunos estados italianos y especialmente Inglaterra (desde 1707, una vez consumada su unión con Escocia, Reino Unido de Gran Bretaña).

La modernidad es, para Richard Whatmore, el escenario en el que convergen distintas fuerzas de cambio social que forman el fundamento de lo que serán, a la vuelta del siglo XVIII, los modernos estados-nación europeos. La opinión pública europea percibe un ritmo de vida acelerado debido a los cambios tecnológicos que están surgiendo en este momento, en países como Francia e Inglaterra especialmente, al albur de la Revolución industrial. Hay una cierta sensación de decadencia moral, al igual que de división política y religiosa, lo cual aunado a la ostentación económica de algunos que han hecho fortuna con el comercio transatlántico, se refleja en las opiniones y argumentos de los filósofos, científicos e intelectuales que participan activamente publicando escritos que se leen y se discuten tanto en Europa como en América. Las oportunidades para los negocios ilegítimos y la corrupción eran continuas en el comercio europeo. Smith fue muy crítico con las sociedades comerciales y era muy consciente del protagonismo jugado en esta corrupción, por él denominado, “sistema mercantil” debido al poder alcanzado por algunos comerciantes y compañías de negocios (Whatmore, 2016).

En este crítico siglo XVIII transcurren hechos violentos como las guerras entre potencias coloniales, enfrentamientos ideológicos de tipo religioso, la independencia de las colonias inglesas de Norteamérica, la Revolución francesa y el comienzo de las guerras napoleónicas. Esta serie de sucesos consume recursos económicos y vidas humanas y ello obliga a los gobiernos a elevar las cargas impositivas para extraer recursos para continuar la guerra, medidas que desagradan a las clases medias, por un lado, porque son las directamente afectadas, y, por otro, a numerosos intelectuales, quienes en un principio vieron con buenos ojos la causa de los colonos norteamericanos por su independencia y la de los revolucionarios franceses (Whatmore, 2016).

Para el caso de España, desde los inicios de la Edad Moderna, ya hay aproximaciones a la historia del pensamiento económico, que pasan por su principal institución, la Escuela de Salamanca. En Salamanca surge a lo largo del siglo XVI una primera aproximación a la idea de la “economía de mercado”, de acuerdo con una afirmación del profesor Hayek, desarrollada años después por Lucas Beltrán en un artículo contenido en una ambiciosa obra en la que el profesor Fuentes Quintana redacta esta Introducción. Y, ya fuera de la institución académica mencionada, debe señalarse la obra de un funcionario al servicio de Felipe V, que enlaza el pensamiento del siglo XVI, pasando por el mercantilismo del XVII, hasta culminar en la economía política del siglo XVIII. Aludimos al navarro Jerónimo de Uztáriz, cuya *Teórica y Práctica del comercio y la marina* (1724) navega entre las ideas mercantilistas y el pensamiento de lo que, en la segunda mitad del siglo XVIII, se conocerá como economía clásica (Fuentes Quintana, 2000).

La filosofía y el pensamiento económico eran temas de gran importancia entre los intelectuales europeos y norteamericanos. De ellas emergen, a menudo, hipótesis que con frecuencia encuentran después el camino hacia su puesta en práctica en la vida real. Las mejoras tecnológicas favorecen incrementos de la producción agrícola, mientras que la industria se convierte en un auténtico campo de pruebas para que surjan y se desarrollen nuevos métodos productivos y para conseguir nuevos y mejores bienes.

La Ilustración crea el ambiente necesario para la plasmación de ideas y opiniones sobre temas económicos, sociales y políticos que, de otra manera, difícilmente se hubieran permitido en las monarquías absolutas tradicionales. En España la opinión se abre paso entre una población minoritaria y selecta de personajes educados, que van cobrando consciencia de la insuficiencia de las políticas económicas planteadas desde los gobiernos sus políticos. De esta manera, aprovechan su formación (regular y autodidacta), sus experiencias, sus

viajes y, sobre todo, sus lecturas de pensadores extranjeros -que adaptadas a la situación local resultan en formulaciones originales- para redactar todo tipo de ensayos y discursos para ser expuestos en escenarios públicos, tanto en la capital como en las provincias. Para el último tercio del siglo XVIII ya estaba en pleno funcionamiento las Sociedades Económicas de Amigos del País.

Las monarquías detectan el nuevo ambiente intelectual y, como afirma Winch con respecto a los gobernantes se interesan por promover una gobernanza “ilustrada”. Para ello se rodearán de “pensadores y funcionarios” a los que les confieren la administración del país. Estos altos funcionarios entienden que hay una posibilidad de modernización de la administración, y aceptan contribuir, bajo el patrocinio real, en la mejora del sistema desde dentro en causas tan amplias como la mejora de los sistemas legislativos, los impuestos, la educación y la justicia (Winch, 1979).

Los pensadores ilustrados tienen conciencia y experiencia directa de la situación económica y social de su entorno; son observadores de las problemáticas tanto del medio rural como del urbano, y algunos también extienden su visión reformista a la cuestión del mar y de sus recursos. El consumo de pescado entre la población española crecía a medida que transcurría el siglo, especialmente la de pescado procesado, de la que el bacalao seco salado era la especie más consumida; no obstante, la producción de esos bienes se hallaba en manos extranjeras. Las reflexiones de los pensadores ilustrados sobre este consumo, así como sobre el enriquecimiento de naciones comerciales, será constante en la literatura del Setecientos.

Los pensadores ilustrados interesados en la problemática económica hicieron uso de sistemas de pensamiento como guía de actuación en la búsqueda de respuestas a los problemas de su realidad inmediata, teniendo como marco de sus reflexiones el conjunto de Europa. El mercantilismo, la fisiocracia y el liberalismo económico de la economía clásica pueden considerarse los tres sistemas de economía política que operaron durante el siglo XVIII, El proceso se desarrolla a partir de la defensa de la intervención del Estado, en el caso del mercantilismo, hasta las visiones menos intervencionistas propias de los fisiócratas y los economistas clásicos; no obstante, a fin de cuentas, era la realidad lo que justificó las respuestas dispares: es lo que el profesor Gerschenkron ha llamado “la presión de las circunstancias” (Winch, 1979:518).

La obra de Gerónimo de Uztáriz que lleva el título de *Teórica y práctica de comercio y de marina*, editada en 1724 con reediciones posteriores en 1742 y 1756, es considerada la

principal obra económica de la primera mitad del siglo XVIII. Uztáriz desarrolla en ella ideas precisas para fomentar las manufacturas y el comercio, a las cuales unía el necesario fortalecimiento de la marina. Para conseguir la financiación necesaria para que la manufactura y el comercio cuajaran en España era necesario, desde su criterio, una reforma profunda de los impuestos y el sistema de aranceles. Estas ideas contenidas en la obra del navarro serían retomadas, una y otra vez, en las décadas posteriores a su muerte, con lo cual su ideario económico permaneció vivo durante gran parte del siglo (Llombart, 1999).

Sus ideas fueron apreciadas y tomadas en consideración en los trabajos económicos no sólo españoles sino de obras publicadas en países como Francia, Escocia, Italia e Inglaterra, gracias a las numerosas traducciones de las que fue objeto la *Theorica*; de hecho, esta obra "...fue una referencia importante en el mundo europeo de la segunda mitad del siglo XVIII no solo como fuente de información de la economía y legislación española, sino como una estrategia de desarrollo con valores supranacionales..." (Llombart, 1999, p.16).

Para alcanzar el desarrollo económico, había que impulsar las manufacturas, por un lado, y, por el otro, no cargar las actividades productivas con una fiscalidad excesiva. Uztáriz se ocupó también en su obra de abogar por que se llevara a cabo una reforma naval, en suma, el "fortalecimiento de la marina", con el fin de situar a ésta en niveles similares a los de siglos previos. Para ello era necesario desarrollar estrategias, criticar políticas específicas fallidas y adaptar experiencias exitosas ya comprobadas en otras naciones. Y, por encima de todo, aconsejar a los gobernantes en la adopción de políticas correctas para su país (Llombart, 1999).

En su ensayo *La pesca en los economistas españoles del siglo XVIII*, Martínez Shaw explica que Uztáriz fue el primero autor del siglo XVIII español en resaltar la importancia del fomento de las pesquerías en su país con el objetivo de corregir la balanza de pagos negativa que tenía con Inglaterra. "Su diagnóstico de los problemas y sus posibles soluciones serán recogidos más tarde por todos los tratadistas posteriores" (Martínez Shaw, 1998a, p.1675). Fue él quien hizo la primera estimación de lo que se gastaba España en adquirir el bacalao seco de Terranova, asentando la cifra de 3 millones de pesos para fechas tan tempranas como 1724. Esta estimación, realizada tan sólo 11 años de haberse firmado el tratado de Utrecht de 1713, le permitía entrelazar dos temas que serán considerados cruciales por la opinión pública del siglo XVIII: la pérdida de las pesquerías de Terranova a manos británicas y el gasto desproporcionado en adquirir pescado procedente de ese país (Martínez Shaw, 1998a).

Uztáriz es un pensador clave en el tema que nos ocupa porque legó una opinión precisa sobre las causas del problema de las pesquerías en España que serán retomadas después por otros autores de ese tiempo; pero también porque proporcionó las posibles soluciones a ese problema. Es posible agruparlas en diversas líneas todas ellas adscritas a lo que puede calificarse como el “mercantilismo tardío”. Una primera pasaba por implementar medidas proteccionistas a la importación del pescado extranjero y, al mismo tiempo, promover el fomento de las pesquerías españolas (aquí no hay el componente clave de la industria local que proteger ya que prácticamente no existía pesca de altura) que, de conseguirse, sustituirían ese sangrante flujo importador. Para ello proponía “elevar los gravámenes impuestos... la prohibición pura y simple de todo consumo de pescado... la suavización de la prescripción eclesiástica de la abstinencia de comer carne... o la concesión de una serie de privilegios a los pescadores...”. Finalmente, en el capítulo que cierra su obra, se refiere al fomento de la pesca de altura en las provincias vascongadas. Aquí se adentra en la visión clave de su elaborado pensamiento con respecto al consumo de pescado extranjero. Al referirse a los puertos vascos tiene en mente a los únicos con posibilidades triunfar en este tipo de aventura debido a que en el pasado llevaron a cabo la pesca del bacalao con gran éxito (Martínez Shaw, 1998a, p.1678).

Álvaro Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, publicó en 1732 la *Rapsodia-Económico-Política-Monárquica*. En ella describió un panorama similar con respecto a la importación de pescado procesado inglés y el daño causado a la economía española. Retomando las claves que Uztáriz había planteado 8 años antes en su *Teórica*, está de acuerdo con lo planteado por él, y lo que ha leído en su obra le estimula a continuar el debate entre sus contemporáneos con la finalidad de convencer de que es necesaria una acción poderosa desde las instituciones públicas para detener el nocivo comercio de pescado seco salado. Marcenado parece imbuido del sentimiento de que el reino había sido despojado de un derecho histórico que permitía a los súbditos de la monarquía española faenar en los bancos de pesca de Terranova, así como la utilización de sus playas para el secado del bacalao, si bien, desde la firma del Tratado de Utrecht, eso ya no es posible (Martínez Shaw, 1998a).

Continúa el Marqués exponiendo más argumentos de los elaborados por Uztáriz sobre el problema de la pesca, convencido de la necesidad de activar mecanismos para incentivar la pesca ya que la utilidad de esta actividad no solo supondría la solución a un problema inmediato, como era la dependencia respecto del pescado extranjero, sino también a otro de mayor calado para la nación, como era el contar con una marinería

adecuada y en todo momento disponible, de la cual la pesca de altura era una escuela perfecta. Marcenado coincidía con Uztáriz y repetía este argumento que, de ahora en adelante, se convertirá en una observación constante entre los ilustrados españoles (Martínez Shaw, 1998a).

Bernardo de Ulloa reflexionó sobre la situación en que se encontraban las pesquerías desde el punto de partida de que éstas no eran, ni de cerca, lo que habían sido más de un siglo atrás, especialmente las del Atlántico Norte, cuando los guipuzcoanos y vizcaínos conformaban una de las mayores flotas pesqueras faenando en las aguas de Terranova. Ulloa retomó el diagnóstico de Uztáriz enfatizando tres de sus argumentos: el primero era el gasto de adquirir el pescado seco salado extranjero; segundo, la imposibilidad de volver a faenar en Terranova, ahora que los ingleses sistemáticamente incumplían los acuerdos del tratado de Utrecht, y, por último, en tercer lugar, la de no permitir la entrada de pescado extranjero a España, encauzando, de esta manera, el problema (Martínez Shaw, 1998a). En este sentido, analizó las consecuencias que acarrearía para el reino prescindir del bacalao inglés y reflexionó sobre las posibles alternativas para sustituir las importaciones con especies de peces autóctonas, como el atún y la sardina, entre otras. En su libro, cobraba particular fuerza el análisis del consumo de pescado por parte de la sociedad española del Setecientos, pero apreciaba la importancia del pescado inglés para cumplir con los preceptos religiosos de una sociedad católica, para abastecer y alimentar a la flota española y, especialmente, como alimento entre las clases trabajadoras, debido a lo barato del bacalao y a su contenido nutricional (Martínez Shaw, 1998b).

Ulloa hacía una reflexión sobre la situación de su tiempo y una crítica con la finalidad de “estimular” la producción local de pescado para no depender así de los extranjeros. El consumo de bacalao inglés tenía como consecuencia una balanza comercial deficitaria, debido a la enorme cantidad de pescado introducida continuamente en el momento, incluso en tiempos de guerra, cuando se suponía que el comercio entre ambas naciones estaba prohibido, y “calculó que el déficit ascendía aproximadamente a 3 millones de pesos anuales” (Santana Pérez, 2010, p.70). Esta última cifra, que se irá repitiendo por todos los ilustrados, procedía de Uztáriz.

José del Campillo y Cossío (1693-1743) fue autor de una obra en tres volúmenes; el volumen primero lleva por título *Lo que hay de más y de menos en España para que sea lo que debe ser y no lo que es*; el volumen segundo, *España despierta*; y el tercero, *el Nuevo sistema de gobierno económico para la América*; en este último Campillo introducía unas

reflexiones sobre la pesca en América del sur. Esta última obra contenía consejos para resolver problemas que aquejaban tanto a la nación como a la administración pública española durante la primera mitad del siglo XVIII. Campillo formulaba medidas proteccionistas que ayudaran a resolver, entre otros problemas, el de la pesca. Campillo fue un funcionario de alto rango y conoció los problemas económicos de la monarquía debido a su función como ministro de Hacienda y de Marina, desempeñando también la función de ministro de Guerra e Indias (Llombart, 1999, p.18).

Sus ideas parecían estar influenciadas por las afirmaciones hechas por el padre Gumilla en una obra que este religioso había escrito pocos años antes y en la que describía la abundancia de peces en la desembocadura del río Orinoco. Así pues, Campillo aportaba un nuevo escenario ubicado no en los mares del sur, como era la propuesta de Ulloa, sino en una región que une las aguas del Océano Atlántico con las que bañan las Islas del Mar Caribe en su vertiente sur.

En este mismo periodo encontramos la obra del abate santanderino Miguel Antonio de la Gándara (1719-1803), *Apuntes sobre el bien y el mal de España, elaborados hacia 1759* pero fueron publicados a inicios del siglo XIX (Llombart, 1999). Sus anotaciones sobre la pesca en esta obra eran breves y se referían al fomento de la pesca en la península aprovechando para este fin el puerto de Laredo; luego, en otra parte posterior, mencionaba la triada de motivaciones que preocupaban a los Ilustrados desde Uztáriz y que trataba de la marinería, la sustitución de las importaciones de pescado y, como tercer motivo, la referencia geográfica de la explotación que, en este caso, serían las aguas de Galicia, al norte, y de Andalucía, al sur, donde abundaban especies aptas para el procesado que vendrían a sustituir las importaciones (Martínez Shaw, 1998a).

Bernardo Ward formó parte del gobierno durante el reinado de Fernando VI. Durante los años finales de ese reinado, alrededor de 1762, el *Proyecto económico*. En él exponía las pautas a seguir para mejorar la economía y detener el atraso de España frente a otras potencias europeas mediante el fomento de los distintos sectores económicos y el empleo en trabajos útiles de la población. Su obra fue publicada años después de su muerte, ya durante el reinado de Carlos III, coincidiendo con la puesta en marcha del programa de reformas económicas ilustrado que apreciaba el potencial de crecimiento de la economía española de llevarse a cabo diversas medidas que ya llevaban décadas gestándose (Llombart, 1999). Para Martínez Shaw, las referencias del irlandés en su *Proyecto Económico* son

bastante similares a las de Campillo, breves y con el enfoque puesto en el aprovechamiento de la desembocadura del Orinoco (Martínez Shaw, 1998a).

La época de Campomanes coincidió con la creación de las instituciones conocidas como las sociedades económicas de amigos del país, creadas primero en las provincias Vascongadas, entre 1765 y 1766. Es un periodo fértil de creación intelectual, en el que el tema de la economía y la productividad de la tierra recibió la atención de ilustrados como Campomanes, Enrique Ramos, Romà y Rossell, Olavide, Arriquibar, Danvila, entre otros (Llombart, 1999).

Pedro Rodríguez Campomanes fue el mayor exponente de la economía política del periodo que transcurrió entre 1760 y 1780. En 1762 Campomanes redactó sus *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, y en este mismo año fue nombrado fiscal del Consejo de Castilla, puesto que desempeñaría hasta 1783, todo ello durante el reinado de Carlos III. Campomanes fue el principal economista de la monarquía en un momento en que el optimismo y las esperanzas en mejorar la economía española y la balanza de pagos con el extranjero parecían posibles (Llombart, 1999).

El Estado y los intelectuales se vieron abocados a analizar la situación de la economía de su país y a pensar en las posibilidades existentes para crear proyectos posibilistas que la transformaran. A lo largo de todo el siglo XVIII, se publicaron trabajos dirigidos a resolver esta problemática social, económica y política, tocando inclusive temas tan sensibles como los preceptos religiosos. Campomanes aconsejaba a la corona sobre la pesca en América del sur en su escrito *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, en el rebatía “la idea mercantilista ortodoxa de que la riqueza del Estado se halla sólo en la extracción de oro y plata...” (Santana Pérez, 2010, p.70).

En las *Reflexiones...* Campomanes dedicaba dos capítulos a la cuestión pesquera. En la parte dedicada al “establecimiento de una industria pesquera en aguas americanas”, apenas había nada nuevo, pero será este proyecto de pesca en los mares australes, la costa de Magallanes, el que con algunas modificaciones se lleve a la práctica décadas después. Este trabajo de Campomanes no era conocido hasta que fue localizado por el profesor Llombart. En ese texto, “...el propósito fundamental de Campomanes... es el de descubrir una alternativa a la importación británica que descapitaliza. Alternativa que en principio puede encontrarse en la propia pesca de cabotaje en las costas españolas...” (Martínez Shaw, 1998a, p.1686).

Prácticamente todos los que han estudiado el tema del consumo de pescado en la España del siglo XVIII coinciden en que la opinión pública ilustrada y el gobierno estaban hondamente preocupados por la situación de la dependencia de España del pescado extranjero y del daño que esto ocasionaba a la economía. Una combinación de factores, como la alta demanda de pescado, una población en crecimiento y un producto barato y muy nutritivo hacían imprescindible encontrar soluciones o, por lo menos, buscarlas.

La situación de la dependencia no hizo sino aumentar en las décadas posteriores al tratado de Utrecht debido al aumento de las capturas inglesas en Terranova, el mal estado de la flota de pesca de altura española y el aumento de la demanda tanto de pescado, en general, en la península, como en las islas Baleares y Canarias, como de bacalao seco salado, principalmente. El profesor Santana Pérez dibuja los intentos reformistas a lo largo del siglo XVIII por reactivar la pesca de altura mediante la creación de compañías privilegiadas como la Compañía de Ballenas de San Sebastián (1732), la Compañía de Pesca Marítima (1775) o la Compañía Marítima de Pesca (1789) poniendo en evidencia la importancia que para los ilustrados tenían los puertos de la cortina cantábrica (Santana Pérez, 2010).

En cuanto a la pesca de bajura, su importancia y su mejor situación para conseguir el objetivo deseado se pone de manifiesto en el número de barcos movilizados y en el de marineros que pudieron llegar a ser empleados. Los barcos eran, al menos, 5.000, mientras que las personas empleadas a bordo se contarían por miles llegando a una cifra superior a las 25.000 personas, con gran protagonismo de la vertiente mediterránea en esa empresa (Santana Pérez, 2010).

Una observación que se presta, respecto a lo reflejado en el párrafo anterior para la pesca de bajura española, es la debilidad de España si comparamos la situación de nuestro país con la pesca de altura francesa: tan sólo para las pesquerías de Terranova de 1747, 564 barcos con una tripulación de 27.000 pescadores arribaban a puertos del sur de Francia con un cargamento de bacalao valorado en un millón de libras esterlinas de la época (Fagan, 2017).

Floridablanca fue otro ilustrado que se ocupó de la pesca por las mismas razones que preocupan a otros intelectuales del siglo XVIII: la “dependencia”, la “balanza de pagos” y el “fomento”, con el fin de producir pescado por pescadores españoles en aguas españolas. Floridablanca planteó un proyecto pesquero con enfoque económico para reducir el gasto y la fuga de moneda española que iban a parar a las arcas de sus enemigos ingleses y franceses (Santana Pérez, 2010, p.71).

Para Viera y Clavijo la industria pesquera necesitaba de la participación del Estado en forma de ayudas económicas y de protección. Esto quedó expuesto en su obra *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, que vio la luz entre los años de 1772 y 1783. En este escrito, Viera y Clavijo resaltó la importancia de la pesca que los canarios realizaban en los bancos saharianos y la dependencia de esta para el abastecimiento de pescado al archipiélago, de tal manera que ello debía ser una prioridad del gobierno real ya que si la industria se cuidaba y desarrollaba podría así mismo abastecer de pescado a la península (Santana Pérez, 2010).

El pensamiento ilustrado y sus proyectos de impulso a las pesquerías tanto de bajura como de altura encontraban oposición en los partidarios del “antiguo régimen pesquero” que se escudaban en la matrícula del mar, en las compañías privilegiadas, en la amortización de la almadraba, en la fiscalidad feudal, entre otras cuestiones tan propias del sistema de antiguo régimen, para favorecer cualquier cambio (Santana Pérez, 2010, p.72).

Los ilustrados denunciaban el desproporcionado número de días de abstinencia que la iglesia católica imponía a los españoles, que podían llegar a un tercio del año. Durante estos días estaba prohibido el consumo de carnes rojas, especialmente la de vacuno, que era el de mayor consumo en España, a pesar de los altos precios que podía llegar a alcanzar. Los panfletistas descargaban sus dardos sobre los “profesionales” religiosos por el alto gasto y consumo de bacalao que, como alimento extranjero, dañaba la balanza comercial de España, siendo además los religiosos importantes consumidores del pescado comercializado por los ingleses (Grafe, 2004).

Las medidas que los ilustrados concebían era la muy utilizada de aumentar el pago de aranceles a la importación del bacalao extranjero; pero las mejores recomendaciones se dirigieron a tratar de encontrar un sustituto adecuado al bacalao seco salado de importación entre las especies que habitaban los mares dominados por los españoles, tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Será la costa de África, que los pescadores canarios conocían tan bien, la que mejores posibilidades ofrecerá para alcanzar el objetivo deseado por varias generaciones de economistas desde que los “españoles” dejaron de ser autosuficientes en la producción del bacalao y pasaron a ser los mayores consumidores de este, a finales del siglo XVI.

Hemos visto que los intelectuales ilustrados españoles dedicaron tiempo a pensar en los problemas que aquejaban a su patria; pusieron énfasis en la situación económica, algo que se refleja directamente en la creación de sociedades y grupos de acción, primero en las

provincias vascongadas y, luego, por todo el territorio peninsular, las Islas Canarias e incluso los territorios de ultramar. Identificaron los problemas y plantearon soluciones a ellos utilizando las teorías más avanzadas de su tiempo a la resolución de aspectos concretos. Unos consideraron que el desarrollo vendría dado si se ponía el énfasis en el comercio y las manufacturas, especialmente los ilustrados de la primera mitad del siglo XVIII. Otros, ya en la segunda mitad, tuvieron a la agricultura como la actividad a incentivar, planteando la posibilidad de eliminar ciertos privilegios del Antiguo Régimen de que gozaban la Iglesia y la nobleza.

El tema de las pesquerías por otra parte fue abordada de manera tangencial por nuestros Ilustrados, pero, aun así, se cuenta con escritos que muestran el interés suscitado durante toda la modernidad en la pesca tanto de altura como de bajura. Es, específicamente, durante el siglo XVIII cuando ese tema cobra más interés desde el punto de vista económico y social, ya que prácticamente todo el pescado seco salado era de importación y el consumo era cada vez mayor debido al aumento de población que se experimentó en este siglo. El gasto derivado de este consumo es percibido como perjudicial e inaceptable, mientras que la situación política y el enfrentamiento bélico con los ingleses y las cláusulas humillantes del Tratado de Utrecht de 1713 no hacían sino aumentar la percepción de impotencia.

6 CONCLUSIÓN

Una actividad primaria como lo es la pesca no ha figurado entre las actividades económicas fundamentales en occidente y mucho menos se la ha considerado decisiva en el desarrollo de una nación, por eso el planteamiento de la historiadora Lizzie Collingham quien ve en la pesca del bacalao de Terranova el detonante del desarrollo comercial inglés. Un producto alimenticio que hacia 1570 hace la diferencia al ser intercambiado por productos continentales en igualdad de condiciones. Anteriormente las adquisiciones de alimentos y especias para el consumo de la élite inglesa se hacían en el mercado de Amberes, el reino de Inglaterra sólo contaba con la lana de sus ovejas como producto de intercambio apreciado por los comerciantes de Amberes, pero aparte de ese producto, gran parte de las transacciones se liquidaban en moneda lo cual colocaba en desventaja a los comerciantes y sobre todo a los consumidores ingleses.

La historiadora no sólo considera al bacalao el producto de intercambio que transforma a Inglaterra en un reino con una balanza de pagos negativa ya sea por la adquisición de especias, pero también por el consumo de vinos especialmente franceses, en una nación con una balanza de pagos saneada para finales del siglo XVI, pero también en una nación con una marinería bien adiestrada que a la postre demostrarían su valía al explorar nuevos territorios ultramarinos.

La Monarquía Hispánica para esa misma temporalidad inicia el recorrido contrario al pasar de ser un reino con una flota pesquera dominante en las aguas de Terranova a una nación importadora de bacalao seco salado especialmente el capturado por los franceses. Este producto alimenticio básico queda por lo tanto en manos de extranjeros que toman muy en serio las exigencias del mercado ibérico en cuanto al tipo de cura y la calidad exigida por los mercados de las provincias vascas tanto como las mediterráneas.

Pero los ingleses habían adquirido el gusto por los vinos secos del sur de España y el intercambio de bacalao seco salado por vino español se formaliza en este momento. Siglos después el comercio entre estas dos naciones no había hecho sino aumentar y consolidarse diversificando los productos, pero en el imaginario colectivo de los españoles del siglo XVIII estaba presente el consumo de bacalao en grandes cantidades debido principalmente a los preceptos religiosos del rito católico lo cual era perjudicial para la balanza de pagos del reino.

La opinión pública denunciaba esta situación que además era tratada en las reuniones de los ilustrados españoles para lo cual se consideraron proyectos para fomentar la producción de pescado local, disminuir la importación de salazones extranjeras para lo cual contaron con el respaldo del Estado que proporcionó recursos para llevar a cabo aventuras empresariales de la pesca de altura en aguas de la península, en el banco de pesca sahariano y en las aguas de América del sur con resultados negativos.

La Ilustración tuvo un marcado impacto en la política y la economía española que se constata en las publicaciones de la época durante la cual se observan los inicios de una opinión pública con capacidad para liderar exigencias y colocar sobre la mesa objetivos prioritarios sobre todo con visión económica que buscaron el desarrollo de la nación con el fin de sacarla del atraso en que había estado sumida con los últimos gobernantes de la dinastía de los Austrias.

Los objetivos ilustrados no se materializarían en ese siglo de las Luces ni en el siguiente sino hasta la segunda mitad del siglo XX durante el cual España volvió a ser una potencia pesquera con una flota moderna capaz de obtener grandes capturas en todo los

caladeros del Atlántico abiertos a su explotación entrando como consecuencia en conflicto con los Canadienses directamente y temidos por los pescadores ingleses del sur de la isla desde la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea a mediados de los años ochenta del siglo XX.

7 BIBLIOGRAFÍA

Angulo Morales, Alberto y Aragón Ruano, Álvaro (2013), "The Spanish Basque Country in Global Trade Networks in the Eighteenth Century", *International Journal of Maritime History*, Hull, año XXV, núm. 1, pp. 149-172.

--- . (2018), "No sólo pescado y harina a cambio de oro. Vascos en el comercio con los Estados Unidos durante el siglo XVIII", *Boletín Americanista*, año LXVIII, 2, n° 77, Barcelona, pp. 147-166.

Barkham, Selma y Barkham, Michael (1996), "The Arriolas of Urazandi: Maritime Enterprise in Vizcaya and Guipuzcoa" (c. 1540-c. 1630).

Burgos Madroñero, Manuel (1993), "La matricula de mar y la pesca en Andalucía. Siglos XVIII y XIX, *Islas de Arriarán*, 1993, 2, pp. 13-26.

Basurto Larrañaga, Román (1983), *Comercio y burguesía mercantil de Bilbao en la segunda mitad del siglo XVIII*, Bilbao, Universidad del País Vasco.

Castro, Javi (2018), "The Basque Seal Trade with Labrador in the Seventeenth Century", *Newfoundland and Labrador Studies. Especial Issue*, XXXIII: 1, pp.63-82.

Collier, Keith (2011),
<https://www.heritage.nf.ca/browser/subject/Fishery?lang=en&refineBy=period&id=162>
(consultado 02-11-2020).

Collingham, Lizzie (2017), *The Hungry Empire: How Britain's Quest for Food Shaped the Modern World*, London, Vintage.

De Zulueta, Julián (agosto 2000), "The Basque Whalers: The Source of Their Success", *The Mariner's Mirror* LXXXVI: 3, pp. 261-271.

Engerman, Stanley (2017). "The Keys to British Success: Trade as a Motor and Sea as a Centre", en Buchet, Christian y Gérard Le Bouëdec (eds.), *The Sea in History The Early Modern World*, Woodbridge, The Boydell Press, pp. 466-474.

Espido Bello María del Carmen y Giráldez Rivero, Jesús (2015), "El bacalao en España (1850-1914): importación y política comercial", *Historia agraria*, 67, pp.43-68.

Fagan, Brian (2017), *Fishing: How the Sea Fed Civilization*, Yale University Press, New Haven.

Fuentes Quintana, Enrique (ed.) (2000), “*Ensayo introductorio*”, en E. Fuentes (ed.), *Economía y economistas españoles (Una introducción al pensamiento económico)*, Vol. 1, Galaxia Gutenberg, Barcelona, pp.7-392.

Goodland, John (2017), *The Cod Hunters*, Shetland, Shetland Heritage Publication.

González Enciso, A. (2017), *War, Power and the Economy. Mercantilism and the state formation in 18th-century Europe*, Routledge, Londres.

Grafe, Regina (2012), *Distant Tyranny: Markets, Power, and Backwardness in Spain, 1650-1800*, Princeton University Press, Princeton.

---. (2004), “Popish Habits vs. Nutritional Need: Fasting and Fish Consumption in Iberia in the Early Modern Period”, University of Oxford *Discussion Papers in Economic and Social History* Number 55.

Hancock, David (2017), “The Intensification of Atlantic Maritime Trade (1492-1815)”, en Buchet, Christian y Gérard Le Bouëdec (eds.), *The Sea in History The Early Modern World*, Woodbridge, The Boydell Press, pp. 19-29.

Innis, Harold A. (1954), *The Cod Fisheries: The History of an-International Economy*, Toronto, Toronto University Press.

Ibeji, Mike (2011), The Darien Venture, BBC History,
https://www.bbc.co.uk/history/british/civil_war_revolution/scotland_darien_01.shtml
(consulta de 06-XI-2020).

Janzen, Olaf Uwe (2013), “The Logic of English Saltcod: An Historiographical Revision”, *The Northern Mariner/le marin du nord*, XXIII, No. 2, 123-134.

---. (1996) “The Illicit Trade in English Cod into Spain, 1739-1748”, *International Journal of Maritime History*, VIII, No. 1, 1-22.

Kurlansky, Mark (1997), *Cod: A Biography of the Fish that Changed the World*, Toronto, A. A. Knopf.

Lydon, James G. (1981) “Fish for Gold: The Massachusetts Fish Trade with Iberia, 1700-1773”, *The New England Quarterly*, Vol. 54, No. 4, pp. 539-582.

Llombart Rosa, Vicent (2000), "El pensamiento económico de la Ilustración en España (1730-1812)" en Enrique Fuentes Quintana (Dir.), *Economía y economistas españoles*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, pp.7-89.

Martínez Shaw, Carlos (1984), "La pesca en la España del siglo XVIII. Una aproximación cuantitativa (1758-1765)", *Revista de Historia Económica*, Año nº2, N°3, págs. 183-201.

---. (1988), "La pesca en la Cataluña del siglo XVIII: una panorámica", *Pedralbes: Revista d'Historia moderna*, nº8, 1, pp. 323-328.

---. (1991), "La economía marítima europea en el umbral de la revolución industrial", en Christian Coninckx (ed.), *Proceeding of the International Colloquium, "Industrial Revolution and the Sea"* (Bruselas, 1991), 9-21.

---. (1995), "Las reflexiones de Campomanes sobre la pesca en América" en *Chronica Nova: Revista de historia moderna de la universidad de Granada*, nº22, pp. 243-267.

---. (1998a), "La pesca en los economistas españoles del siglo XVIII" en VII Congreso Internacional de Historia de América/coord. por José Antonio Armillas Vicente, Vol. 3 (La economía marítima del Atlántico: pesca, navegación y comercio), pp. 1675-1690.

---. (1998b), "La renovación de la pesca española en el siglo XVIII", en *XIII encuentro de historia y arqueología economía marítima*, San Fernando, Universidad de Cádiz, pp.51-62.

---. (2020), *Breve historia de la España moderna (1474-1808)*, Alianza Editorial, Madrid.

Ménard, Caroline (2007), *La pesca gallega en Terranova, siglos XVI-XVIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

Ommen, Rosemary (1991), *From outpost to outport: A Structural Analisis of the Jersey-Gaspé Cod Fishery, 1767-1886*, Montreal, McGill-Queen's University Press.

Pérez Sarrión, Guillermo (2011), "La formación de la política manufacturera de la Ilustración española en la primera mitad del siglo XVIII", en Guillermo Pérez Sarrión (ed.), *Más Estado y más mercado. Absolutismo y economía en la España del siglo XVIII*, Sílex, Madrid.

Pope, Peter E. (2004), *Fish into Wine The Newfoundland Plantation in the Seventeenth Century*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.

Santana Pérez, Juan Manuel (2009), "La Matrícula de Mar y el banco sahariano", *Espacio, tiempo y forma*, Serie IV. Historia moderna, nº. 57, pp. 151-166.

---. (2010), "Ilustración canaria y pesca en el litoral" en Alberto López Bargados y Jesús Martínez Milán (eds.), *Culturas del litoral: dinámicas fronterizas entre Canarias y la costa sahariano-mauritana*. Barcelona: Bellaterra, pp.67-90.

Sierra Nava, Luis (1998), "La pesca del bacalao por los vascos de 1527 a 1790" en VII Congreso Internacional de Historia de América/coord. por José Antonio Armillas Vicente, Vol. 3 (*La economía marítima del Atlántico: pesca, navegación y comercio*), pp. 1835-1846.

Starkey, David J. (2017), "The Delopment of Fishing Fleets in the North Atlantic Ocean", en Buchet, Christian y Gérard Le Bouëdec (eds.), *The Sea in History The Early Modern World*, Woodbridge, The Boydell Press, pp. 224-233.

"Staples and Staple Theory". History of the World Trade Since 1450 en Enciclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/history/news-wires-white-papers-and-books/staples-and-staple-theory> (consultado 16-10-2020).

Studnicki-Gizbert, Daviken (2007), *A Nation upon the Ocean Sea: Portugal's Atlantic Diaspora and the Crisis of the Spanish Empire, 1492-1640*, Oxford University Press, Oxford.

Whatmore, Richard (2016), *What is Intellectual history?*, Polity Press, Cambridge.

Winch, Donald (1979), "La aparición de la economía como ciencia, 1750-1870", en Carlo Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa (3)*. La revolución industrial, Ariel, Esplugues de Llobregat.

Zavala Uriarte, Aingeru (1994), *Mundo urbano y actividad mercantil Bilbao 1700-1810*, Biblioteca de historia del pueblo vasco, número 9, Bilbao.